EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

LAS FALTAS DE LOS PADRES.

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN PROSA.



BARCELONA.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE NARCISO RAMIREZ Y COMP.ª
pasaje de Escudillers, núm. 4.
1869.

LAS FALTAS DE LOS PADRES.



LAS FALTAS DE LOS PADRES.

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

ORIGINAL

DE

D. PEDRO MARQUINA.



BARCELONA.



IMPRENTA DE NARCISO RAMIREZ Y COMPAÑÍA,

pasaje de Escudillers, núm. 4.

1869.

El Sr. D. Miguel Gasset es el único encargado en Barcelona, del cobro de propiedades, y en las restantes poblaciones de España lo son los administradores de la Galería El Teatro.

REPARTO.

PERSONAJES.	ACTORES.
Isabel.	*D.ª Francisca Soler.*
Juana.	*D.ª Balbina Pi.*
Gaspar.	*D. José Clusellas.*
D. Ricardo (Cárlos). . .	*D. Francisco Puig.*
D. Juan.	*D. Juan Bertran.*

La accion en un pueblo de Castilla próximo á Madrid, año 17...

ACTO PRIMERO.

Sala baja en casa de D. Juan, en el fondo una puerta por la cual se ven los árboles del campo, otras puertas laterales, muebles de nogal propios de la época y del lugar. Una chimenea sobre la cual se verán macetas de flores.

ESCENA PRIMERA.

GASPAR (*concluyendo de almorzar*), JUANA (*sirviendo la mesa.*)

JUANA. Poco apetito trae hoy el Sr. Gaspar.

GASP. No me siento muy fuerte de salud.

JUANA. En verdad que hace dias os encuentro desmejorado y triste.

GASP. ¿Triste yo? (*esforzándose por aparentar alegría.*) ¿Dónde diablos tienes los ojos, muchacha?

JUANA. Mis ojos no ven mas que lo que salta á la vista.

GASP. (¡Mas vale así!) Bien podrá ser; pero...

JUANA. ¿Quereis decir que me equivoco?

GASP. Esta vez lo has acertado.

JUANA. Inútil es que oculteis lo que os pasa, señor guardabosque.

GASP. ¿Cómo? ¡qué es lo que dices! (*mirando á todos lados.*)

JUANA. ¿Lo veis? si estas cosas no pueden disimularse, cuando uno está enamorado....

GASP. ¡Enamorado! ¿En qué te fundas tú para decir que estoy enamorado?... vamos á ver.

JUANA. Aparte de que nadie puede ocultar el amor, el vuestro podría, si tal fuese su empeño, esconderse de todas las miradas menos de las mias.

GASP. ¿Tienes acaso doble vista ó has hecho pacto con el diablo?

JUANA. ¡Ave María Purísima! y qué mal pensado os volveis.

GASP. ¿Puedo pensar de otra manera, cuando aseguras ver lo que no existe?

JUANA. ¿Que no?

GASP. ¿Y por qué te lo habia de negar?

JUANA. ¡Qué sé yo! hay ciertas cosas que se niegan sin saber por qué. Lo cierto és que antes estabais siempre alegre; hablabais por doce, comiais con buen apetito y de cuando en cuando me dirigiais algun requiebro, y como desde que nos hemos trasladado al campo mis señores y yo, no se pasa dia sin que vengais á la quinta, como en mi calidad de sirvienta os traigo todas las mañanas el desayuno, y como en fin yo soy la que mas conversa con vos; no es estraño que haya notado esta variacion tan repentina en vuestro carácter.

GASP. (¡Diablo de muchacha!) Aunque así sea, todo eso no prueba nada en favor tuyo; la alegría y el apetito son cosas que la mas leve enfermedad hace perder fácilmente y ya te he dicho que mi salud no es estos dias muy cabal.

JUANA. Si lo que decís es cierto, que no lo creo, no he visto nunca enfermedad tan rara como la vuestra: muchas veces os quedais con el pan en una mano y el cuchillo en la otra, fijos los ojos en el mantel, y sin que al parecer oigais mi voz cuando os pregunto con insistencia: ¿qué teneis, señor Gaspar? ¿No veis que se os va á enfriar el almuerzo?

GASP. ¿De veras me pasa eso? *(Asustado.)*

JUANA. ¡Vaya! ¿Pues no os acordais que hoy mismo

he tenido que sacudir vuestro brazo, para haceros volver de vuestra distraccion, ó es que dormís con los ojos abiertos?

GASP. (Sí, sí, es preciso que amengüen mis visitas á la quinta; la tristeza me devora, los celos me consumen, y concluiria por venderme.)

JUANA. ¿Lo veis? ahora mismo os habeis quedado silencioso y pensativo, en vez de responderme. ¿Qué teneis? decídmelo, y si es posible os consolaré. ¿Pensais acaso que no me intereso por vos? ¿Pensais que vuestro sufrimiento me es indiferente?

GASP. ¡De veras, Juana! (*Tomándola las manos.*) ¿Tú te interesas por mí? ¿Tú eres mi amiga? ¿Tú harias... (¡Qué iba á decir!) (*Conteniéndose.*)

JUANA. Yo.... (*Medio turbada*) ciertamente procuraria consolaros, y si es que amais á... alguna muchacha de... esta aldea y no os atreveis á decírselo, yo desempeñaria gustosa esta comision...

GASP. (¡Cielos, qué me propone!)

JUANA. Porque al fin, nada tiene de estraño que yo... procure probaros de este modo la... simpatía que me habeis inspirado.

GASP. ¡Juana! (*Tomándola una mano.*)

JUANA. ¿Qué quereis? (*Con ansiedad.*)

GASP. Juana...

JUANA. (¡Dios mio! ¿qué dirá?) Vamos, Gaspar, hablad sin recelo; os aseguro que soy vuestra amiga.

GASP. No, Juana, es imposible, no me atrevo á decirte lo que padezco... Veremos; quizá mañana; hoy mismo; ¿quién sabe? No me digas nada; no me preguntes nada.

JUANA. Como gusteis. (*Recoge las viandas y mantel de la mesa y se va por la izquierda, mirando á Gaspar, que se queda abstraido.*) (¿Me amará por fin?)

ESCENA II.

GASPAR.

Juana dice bien: esta pasion no puede estar oculta y en vano busco recursos para combatirla; cuantos me indica el pensamiento son vencidos por mi voluntad: ¿qué mucho si el corazon y el alma la obedecen y en ambos reside el amor que me devora? Empleadas todas mis fuerzas en amar, en vano querria rescatarlas para llegar al olvido; mas ¿qué digo? ¿Cómo podria olvidar á esa mujer sin ofenderla, cuando amándola hasta la adoracion no he podido conseguir que mi amor llegase á la mitad del que ella se merece? Su indiferencia es el mayor de mis tormentos, y empiezo á temer que este afan de complacerme en mi desgracia, este prolongado teson de vivir en el círculo de una sola idea, sea principio de locura. ¡Locura! la temo y la deseo: léjos de mí si al acercarse ha de traerme la aterradora paz del que no piensa; bien venida si logra encarcelar mi pensamiento en encantado sueño separándole para siempre de la espantosa realidad. ¿Pero acaso no tengo yo derecho para amarla? ¿Por qué razon no he de aspirar á ser correspondido? ¡Ay! miserable de mí; la amo demasiado para no aparecer ridículo á sus ojos al envolverme en el raquítico manto del orgullo con que pretendo disfrazar mi humilde condicion. Pero esta es una desdicha interminable. ¡Dios mio! ¡por qué has dejado caer el amor del cielo al barro de la tierra!

ESCENA III.

GASPAR, ISABEL.

ISAB. Hola, Gaspar.
GASP. (¡Cielos, ella!)

ISAB. Buenos dias.

GASP. *(Apartándose á un lado con respeto.)* Buenos dias, señorita.

ISAB. Y Juan, ¿qué hace? Son las nueve de la mañana y aun no ha parecido por mi cuarto.

GASP. Vuestro hermano ha salido muy temprano á cazar, y todavía no ha regresado. ¿Si quereis que le avise?...

ISAB. ¡Á cazar! debeis saber que esa distraccion me horroriza por los peligros de que está rodeada. Hay en la historia de mi casa una página sangrienta, que habla de una cacería por la noche, en el bosque á la luz de la luna, *(asustada)* y... ¡oh! Gaspar; ¿cómo es que no habeis acompañado á mi hermano?

GASP. Presumí que no saldria solo. Como D. Ricardo le acompaña en todas sus escursiones...

ISAB. Nuestro amable huésped no disimula el ódio que le inspira la caza, y hasta se estremece cuando por casualidad se habla de ella.

GASP. No deja de ser eso estraño en un hombre que segun dice cuenta entre sus posesiones algunos cotos, de cuya escelencia se ha apresurado á hacer grandes elogios siempre que yo he alabado los que á vuestras tierras pertenecen.

ISAB. Parece que su familia sufrió una gran desgracia, por causa de la última cacería de su padre que se mostró muy aficionado á esta distraccion.

GASP. (Si serán bien fundadas mis sospechas.) De todos modos no creo que pueda sobrevenir ningun peligro á vuestro hermano, cuya prudencia es celebrada en toda la comarca.

ISAB. De todos modos debierais *(insistiendo)* estar á su lado, pues no ignorais lo que puede suceder en un bosque.

GASP. Mi padre, cuyo oficio he heredado y que sirvió de guarda bosque en vuestras tierras durante cuarenta años, me ha referido muchas veces la terrible escena de que ahora os habeis acordado; pero esa escena no puede repetirse, porque el único enemigo que tiene vuestro her-

mano, debe estar léjos del bosque en este momento. *(Mirando á la puerta de la derecha, que permanece cerrada.)*

ISAB. ¿Quién sabe, Gaspar? Nuestro rey Felipe V ha triunfado por fin, y gracias al perdon general con que inaugura su reinado, cada dia vemos regresar á sus hogares uno ú otro noble de los que abrazaron la causa del Austríaco, y vencidos en Castilla hubieron de abandonar su casa para comer el pan de la emigracion en Francia ó en Inglaterra. ¿Quién te dice que uno de ellos no sea el hermano del desdichado Baron, cuya enemistad con mi padre, nos quitó tantas alegrías y nos dejó aun tantos temores?

GASP. El hermano del Baron era muy entrado en años cuando estalló la guerra, y es probable que no haya podido soportar las amarguras del destierro; pero como habrá procurado inspirar á su sobrino el ódio de familia que anidaba en él, es muy posible que tengais que temer mucho de este jóven si regresa á España, ó mejor dicho, si ha regresado ya. *(Vuelve á mirar á la puerta de la derecha.)*

ISAB. Hablas en un tono tan misterioso, Gaspar, que no parece sino que esa suposicion está muy próxima á convertirse en realidad.

GASP. Nada puedo asegurar, pero muy sobre aviso estoy viviendo hace dias. De todos modos contad con que para causaros el menor pesar necesita el que tal intente haber aniquilado mi existencia antes de conseguirlo. Así lo juré sobre el cadáver de mi padre, así vuelvo á jurarlo por su sagrada memoria y por la estimacion que os profeso. (¡Cielos, cuánto la adoro!)

ISAB. *(Poniendo la mano sobre el hombro de Gaspar.)* Te creo, Gaspar; pero no es á mí, no es á una débil mujer á quien hace falta tu defensa.

GASP. ¿Vos lo creeis así?

ISAB. Por mi hermano es por quien debo temer, pues no es posible que un enemigo noble se acuerde para nada de una mujer, teniendo un hombre con quien medir sus armas.

GASP. No busqueis nobleza en el ódio cuando quiere asegurar la venganza, y temed siempre que os hiera á traicion.

ISAB. ¡Oh! Callad, callad por Dios, Gaspar, el cielo no querrá que se cumplan esos temores.

GASP. Al menos mientras yo viva.

ISAB. Gracias, mi fiel criado.

GASP. (¡Su criado!)

ISAB. Mi leal amigo.

GASP. ¡Oh! *(La besa una mano que ella le abandona.)* ¡Dichoso yo, si así lograse merecerla!

ESCENA IV.

DICHOS. D. JUAN, *que viene con avíos de caza.*

JUAN. ¡Diablo! *(En tono jovial viendo la accion de Gaspar.)*

GASP. ¡Vuestro hermano, señorita! No lo inquieteis con esta noticia.

ISAB. (¡Descuidad!) Hola, señor cazador, ¿os parece si es hora de dar los buenos dias á vuestra hermana?

JUAN. Salí muy temprano, y no quise incomodarte, pero si mi consideracion á tu sueño se ha de convertir en culpa, venga pronto la absolucion, ya que segun he observado al entrar es hoy dia de indulgencia.

ISAB. ¿Por qué lo dices?

JUAN. Mira, Gaspar se pone colorado y esto es prueba de que me ha comprendido. ¿De qué falta acabais de confesaros, señor guardabosque?

ISAB. ¡Ah! Ya comprendo. Lo dices porque me besaba la mano.

JUAN. Ciertamente.

GASP. Vuestra hermana es muy buena, señor, y despues de revelar un delito que involuntariamente he cometido, ha tenido á bien perdonarme.

ISAB. Pero con la espresa condicion de que no volvereis á incurrir en él.

GASP. De ningun modo, si vuestro hermano no se opone al cumplimiento de esta promesa.

ISAB. Y aunque se oponga.

JUAN. ¡Diablo! Predicas la desobediencia en tu casa. Cuidado, mi querida revoltosa, mirad lo que haceis, no olvideis que las leyes militares son severas, y que en mi calidad de capitan tendria de juzgaros sin compasion.

ISAB. Ya sé que no lo harás.

JUAN. Dices bien, porque presumo que tu cariño hácia mí será el fundamento del sermon que segun parece acababas de predicar á mi llegada. Ayer lo sufrió Juana, hoy ha caido sobre el pobre Gaspar. ¡No es eso!

ISAB. Lo has adivinado.

JUAN. ¿Y qué es ello, si puede saberse?

GASP. Vuestra hermana no quiere que salgais solo á cazar.

JUAN. ¿Y en qué se funda esa niñería?

ISAB. ¿Niñería? Demasiado sabes que no lo es. *(Con tristeza.)*

JUAN. Ea; ya tenemos en danza la manía de siempre. Conseguirás ponerme de mal humor, y lo que es mas grave aun, aburrir á nuestro huésped. Á propósito; te encargo que le riñas severamente, ya que te has proclamado juez de todas nuestras culpas.

ISAB. Reñirle, ¿y por qué?

JUAN. ¿Te parece que sienta bien á un jóven de su edad el ser tan dormilon? Las nueve he oido sonar desde el bosque, y todavía está cerrada su ventana. Es preciso despertarle. ¡Juana! *(Llamando.)*

ISAB. ¿Lo vas á incomodar?

JUAN. Me he propuesto combatir su tristeza, reformando sus costumbres, mal que te pese.

ISABEL. No, si á mí no me pesa; antes al contrario, su melancolía me hace sufrir, y quisiera verla desaparecer. ¡Es tan simpático Ricardo!

GASP. (¡Cielos! ¿Por qué me han hecho daño esas palabras?)

JUANA. *(Saliendo.)* ¿Llamabais, señor?

JUAN. ¡Sí! Vé y avisa á D. Ricardo.

JUANA. Estará durmiendo; anoche debió acostarse muy tarde. Como la ventana de mi cuarto da enfrente de la suya, dos veces que me desperté vi que aun no habia apagado la luz despues de dadas las dos de la mañana.

GASP. (Sospechas mias, no os durmais.)

JUAN. Es estraño ese trasnochar; pero no importa; despiértale. *(Váse Juana por la derecha.)* Quiero empezar desde hoy mi plan de curacion.

ISAB. Mucho celebraré que consigas tu deseo.

GASP. (Es demasiado interés el que se toma por él.)

JUANA. D. Ricardo está levantado y me ha dicho que en cuanto concluya unas cartas que escribe saldrá.

GASP. (¡Cartas!)

ISAB. (¿Para quién serán esas cartas?)

JUAN. Bueno; pues entre tanto dispon el almuerzo; *(á Juana)* y puesto que la mañana está magnífica, coloca la mesa bajo el emparrado. *(Váse Juana.)* ¿Qué te parece? *(Á Isabel.)*

ISAB. Sublime pensamiento.

JUAN. Así almorzaremos con mas apetito.

ISAB. Justo; y esto conviene perfectamente con tu plan de curacion.

GASP. (¡No piensa mas que en eso!) *(Dejando caer el puño sobre la mesa en que está apoyado.)*

ISAB. *(Asustada.)* ¡Ah!

JUAN. ¡Eh! ¿Qué significa eso, señor Gaspar; tambien vos estais enfermo de hipocondría?

GASP. (Torpe de mí.) Yo no... sino que... Dispensad, señorita, si os he asustado. Estos dias no sé lo que me pasa, pero...

JUAN. En verdad que habeis sufrido un cambio notable en breve tiempo; cuando vine á convalecer de mi herida era muy estraño veros por acá; llevabais á la exageracion el cumplimiento de vuestro deber, y se os pasaban los dias enteros sin salir del bosque. Ahora por el contrario, desde que nos trasladamos al campo, os habeis aficionado mucho á la quinta, con gran contentamiento de los cazadores furtivos,

que en un mes han hecho en mis pobres conejos tal destrozo que apenas bastará á superarla un año de suma vigilancia.

GASP. (¿Qué diré? Cómo lograr no hacerme sospechoso.)

JUAN. ¿Qué diablos os pasa?

GASP. (¡Oh, qué idea!)

JUAN. ¿Y bien, no contestais?

GASP. Señor, ¡qué quereis que os responda, quién se reconoce culpable! Lo que decís, es cierto; en un mes ha cambiado completamente mi carácter; sin embargo, debo decir la verdad para sincerarme. Cuando vinisteis la otra vez, vinisteis solo, y ahora...

JUAN. ¿Ahora... qué?

GASP. Ahora habeis traido con vos la causa de mi mal.

ISAB. ¿Qué decís?

GASP. Señor, estoy enamorado.

(A este tiempo sale Juana, llevando un canastillo lleno de servicio de mesa, y una botella en la mano, y se detiene al oir las últimas palabras de Gaspar.)

JUAN. ¡Ja! ¡ja! ¡ja! El buen Gaspar... ¿Y es esa la causa de tu tristeza?

GASP. Señor. ¿Acaso os parece poco?

JUAN. Digo, á no ser que la mujer que amas no corresponda á tu cariño. En cuyo caso yo me ofrezco á ser tu mediador, pero antes es preciso conocerla ¿Quién es ella?

JUANA. (Dios mio, ¿quién dirá?)

ISAB. Puesto que vino á tu lado, en nadie puedes pensar sino en Juana.

GASP. No. *(Rápido.)* Sí, sí, sí.

JUAN. ¿En qué quedamos, es Juana?

GASP. Sí... ella es. *(Con esfuerzo supremo.)*

JUANA. *(Dejando caer la botella.)* ¡Ah!

JUAN. ¡Bravo, á fé mia! *(Volviéndose hácia Juana.)*

GASP. Estaba ahí. (Es preciso arrostrar el sacrificio. Todo antes que renunciar á verla.)

ISAB. ¡Pobres muchachos!

JUAN. Ven acá, sin rubor, favorecida doncella. Acer-

caos vos, platónico amante. *(Los une por las manos.)* *(Gaspar se deja conducir maquinalmente.)* y permitidme os eche mi bendicion, *(Ricardo aparece en la puerta de la derecha, y se detiene un instante al ver la escena,)* que guardareis hasta tanto que os dé la suya el venerable cura de la aldea. Digo; si es que ambos os habeis esplicado. De Gaspar ya sabemos que ama á Juana, solo falta averiguar si Juana corresponde á Gaspar. ¿Qué dice la pretendida?

JUANA. Que sí.

GASP. (¡Cómo!)

JUAN. Pues matrimonio al canto.

ISAB. Yo me encargo de tu dote. *(A Juana.)*

JUAN. Y yo de la vuestra. *(A Gaspar.)*

ESCENA V.

DICHOS. D. RICARDO.

RICAR. Poco á poco, querido amigo.

GASP. (¡Él!) *(Con ira reconcentrada.)*

ISAB. Buenos dias, Ricardo. ¿Estais hoy menos triste que ayer?

JUAN. Gracias á Dios que se os vé, mi querido perezoso.

RICAR. Os he hecho esperar demasiado, ¿no es verdad?

JUAN. Nada de eso, pues llegais precisamente en el punto en que acabo de arreglar el casamiento de estos muchachos.

RICAR. Sobre eso queria haceros una observacion.

JUAN. ¿Cuál?

GASP. JUANA. } ¿Qué?

RICAR. No os alarmeis, gallardo mozo, *(A Gaspar.)* ni vos penseis, linda muchacha, *(A Juana,)* que vengo á impedir vuestra felicidad; lejos de esto. Solicito que vuestro amo me ceda el derecho de dotar al novio.

GASP. ¡Jamás!... *(Con un arranque.)*
TODOS. ¡Eh! *(Volviéndose á Gaspar.)*
GASP. *(Dominándose.)* ¡Jamás he sentido un placer tan inmenso! ¿Cómo, señores, os disputais la vez para ejercer vuestra proteccion sobre un humilde guardabosque; en verdad que no sé cómo pagaros esta inmensa felicidad. (¡Qué desdichado soy!)
ISAB. Vamos, buen Gaspar, reprimid la admiracion que os causa lo que solamente es un premio á vuestra lealtad.
JUAN. ¡Es muy cierto! Ya lo habeis oido, Ricardo, es un premio, y por lo tanto yo solo tengo el deber de concederlo, puesto que he disfrutado los beneficios que lo ocasionan.
RICAR. Permitme que insista, pues algo tengo yo tambien que agradecer.
JUAN. No os comprendo.
RICAR. Vuestra franca hospitalidad.
ISAB. ¿Qué vais á decir?
RICAR. Sé que no se paga con nada, y por eso mismo os pido que me dejeis aprovechar esta ocasion que se presenta de mostrar la amistad que en poco tiempo he llegado á profesaros; dejando á mi cargo la dote de Gaspar. Rogadlo así á vuestro hermano, señorita, ya que mis palabras no son bastante eficaces.
ISAB. Ya lo oyes, hermano mio, es preciso acceder.
JUAN. Con tal mediadora, ¿quién es capaz de resistir?
RICAR. Gracias. *(Estrecha la mano de D. Juan.)*
JUANA. ¡Qué contenta estoy, señorita!
ISAB. Lo creo.
GASP. (¡Cuántas humillaciones está sufriendo mi amor!)
RICAR. *(A Gaspar.)* Casaos, Gaspar; y cuando tengais un tierno vástago, su educacion correrá de mi cuenta, no lo olvideis.
GASP. ¡Oh! ¡Gracias! (Antes le ahogaria con mis propias manos.)
ISAB. (¡Oh, le amo, le amo, mas de lo que creia!)
JUAN. Ea, pues, una vez que este asunto está arre-

glado, pasemos al jardin; vamos, Juanita, da treguas al amor y disponnos el almuerzo.

GASP. *(A Juana.)* Os espero aquí, tengo que hablaros.

JUANA. ¡Vendré! *(Váse por el fondo de la derecha.)*

RICAR. Es decir que hoy almorzamos casi en el campo.

ISAB. Mi hermano os ha preparado esta sorpresa.

JUAN. Y tú has aprobado mi pensamiento.

ISAB. Sí, porque conviene con tu plan.

RICAR. ¿Qué plan? Si no es indiscrecion el preguntarlo.

ISAB. De ningun modo, puesto que se trata de vos.

RICAR. ¡Cómo!

JUAN. Hemos levantado una terrible cruzada.

ISAB. Va á ser forzoso que venzamos.

RICAR. ¿Sí? ¿Y cuál es la Jerusalen que pensais rescatar?

ISAB. La Jerusalen libertada va á ser vuestra alegría, que segun parece, gime esclava de esa eterna tristeza que os domina.

RICAR. Alabo la intencion, y no puedo menos de agradecerla; pero temo que vuestros esfuerzos serán inútiles.

JUAN. No lo creais; yo me he propuesto lo contrario, y soy bastante testarudo para lograr mi objeto.

RICAR. Por mucho que sea vuestro poder, no os será posible destruir mi carácter.

ISAB. No; vuestro caráter no puede ser ese, vos nos ocultais algun pesar.

RICAR. No lo creais.

ISAB. Guardadlo enhorabuena, teneis derecho á ello; pero tambien nosotros tenemos derecho á procurar por vuestro bien.

JUAN. Y pondremos en juego todos nuestros recursos.

RICAR. ¡Cuán buenos sois!

JUANA. *(En la puerta del fondo.)* El almuerzo espera.

JUAN. Ea pues; al jardin, al jardin, á ver si logramos convertiros.

RICAR. ¿Aceptais mi brazo?

ISAB. Gracias *(Tomándole.)*

JUAN. Bravo; yo no soy muy amigo de galanteos, pero mas os quiero así que hipocondríaco.

RICAR. Conseguireis hacerme reir.

JUAN. Reid en buen hora; no es otra cosa lo que busco. Conque á la mesa, á la mesa. *(Ricardo é Isabel se dirigen al foro.)*

GASP. (¡Cuál labran su propia desdicha.)

JUAN. *(Despues de mirar á la pareja dice á Gaspar.)* ¡Antes de ocho dias estará curado. *(Váse por el fondo.)*

ESCENA VI.

GASPAR.

Si mis temores se realizan antes de ocho dias, se trocará en ódio la amistad que tantas raíces ha echado en tan corto tiempo, y el ódio adormecido durante algunos años se despertará en los hijos más profundo que lo fué en los padres, porque no hay nada más cruel que el deseo de la venganza. ¡La venganza! vamos despacio, Gaspar, ¿por qué sabes tú que ese deseo es cruel? Para saberlo, es preciso que lo sientas, y lo sientes, sí, tú sientes ese deseo; tú crees que ese hombre te ha ofendido solamente por haber inspirado amistad á la mujer que adoras. El demonio de los celos te ha mordido en el corazon, y hasta te juzgas con derecho á ser criminal por una leve sospecha. Pero aun cuando esa sospecha fuese realidad, ¿por qué habia de sorprenderte? Acaso Isabel no es digna del amor de los ángeles? ¿Pues qué tendria de estraño que la amasen todos los hombres del mundo. ¿No es ridículo este egoismo que quiero imponer á su alma, cuando ella no me ama, cuando ella no puede amarme, puesto que se interesa en mi presencia por otro sér y ni siquiera concibe el dolor que esto puede causarme? ¿No me concede Dios demasiado beneficio permitiéndome que viva á su lado, que la vea, que la adore en silencio? Sí, Gaspar, sí, el heroismo de tu amor consiste en querer todo lo que

ella quiera; sacrificando tu corazon á su menor capricho, podrás ser grande á tus propios ojos, y lo serás porque así lo asonseja la razon; porque así lo manda tu voluntad. Yo no debo aun odiar á ese misterioso huésped. Si es inocente, si la falta que le atribuyo es solo una ficcion de mi fantasía, si ella le ama y él no lo ha reparado, yo conseguiré que la ame, no tanto como yo, porque eso es imposible, pero sí lo suficiente para hacerla dichosa; si es culpable, si solo le ha traido aquí un instinto rastrero de venganza, entonces que tiemble pues me preparo á ser más terrible y justiciero, que lo seria si se tratase de mi propio honor. Esto ha de ser: por un lado, el juramento que hice á mi padre quedará cumplido, y por el otro probada la grandeza de mi amor. Dios me ilumine. Y tú santa reliquia, *(Sacando del pecho un relicario,)* sagrado recuerdo de mi padre: presta á mi pecho todo el valor que le falte para vencer en esta empeñada lucha. *(Besa el relicario y vuelve á guardarlo en el pecho.)*

ESCENA VII.

GASPAR, JUANA.

JUANA. Ya me teneis aquí, señor Gaspar.

GASP. ¿Tan pronto?

JUANA. La señorita Isabel me manda venir á vuestro lado.

GASP. ¿Ella misma te lo ha dicho?

JUANA. Vos no sabeis cuán buena es.

GASP. (¡Ojalá no lo supiese tanto!)

JUANA. Véte, me ha dicho, véte con tu novio, yo sé que teneis muchas cosas que deciros, y pensando en ellas, todo lo harias al revés; y lo que es en eso no le faltaba razon. *(Bajando la cabeza.)*

GASP. (¡Pobre muchacha!) Pero tú no debieras haber consentido.....

JUANA. ¿Sabeis si hay alguno en el mundo capaz de resistirse á los deseos de mi señorita?

GASP. Tienes razon, Juana, á tu señorita es imposible negarle nada, sus deseos, sin llegar á órdenes, son dulces mandatos y cualquiera se siente feliz en cumplirlos. ¡Es un ángel!

JUANA. Segun eso, la teneis un afecto tan grande como el mio.

GASP. Un afecto sin límites.

JUANA. Así me gustais: mirad una cosa estraña, creia que no era posible amaros mas de lo que os amaba; pues desde ahora que sé que quereis tanto á mi señorita os amo doblemente, señor Gaspar.

GASP. (Desdichada niña.)

JUANA. ¿Pero qué es lo que querias decirme hace un momento? ¿para qué me habeis dicho que me esperabais?

GASP. Necesito de algun tiempo para decírtelo y seria preciso que no te llamasen del jardin.

JUANA. No tengais cuidado por eso, la señorita sabe ya lo que es amar, y no me echará en falta estando en compañía del jóven forastero.

GASP. ¡Qué dices!... ¿acaso has notado?...

JUANA. Creo que á vos puedo decíroslo porque ya sois mi novio; casi mi marido.... ¿No es eso?

GASP. Sí, Juana, sí, pero...

JUANA. Además, estas cosas tarde ó temprano se han de saber, ¿no es cierto?

GASP. Sí muy cierto, pero dime, ¿cómo has averiguado...?

JUANA. Ella misma me lo ha dicho.

GASP. ¿A tí? *(Dudando.)*

JUANA. ¿Pues á quién habia de decírselo? ¿tiene acaso aquí otra confidenta que yo?

GASP. Dices bien. (¡Dios mio cuánto será ya su amor cuando no puede ocultarlo en su pecho!)

JUANA. Os habeis quedado pensativo. ¿Que os pasa?

GASP. Quién sabe, Juana, quien sabe si ese amor vendrá á ser la desgracia de nuestros amos.

JUANA. ¡Dios mio! *(Alarmada.)* ¿Qué quereis decir?

GASP. ¡Silencio! pobre niña, silencio y vé contestando á mis preguntas.

JUANA. Decid.

GASP. ¿Sabes si D. Ricardo la ha hablado de amor?

JUANA. Todavía no.

GASP. ¿Pero, tu señorita ha descubierto en él alguna inclinacion hácia ella?

JUANA. Algunos dias se muestra solícito y enamorado, y muchos aparece pensativo y triste.

GASP. Tanto peor.

JUANA. ¿Qué temeis? Por la Vírgen María, decidme lo que pasa.

GASP. Se trata de la felicidad, de la honra, quizá de la vida de nuestros amos.

JUANA. ¡Madre de Dios!

GASP. Silencio. ¿Me prometes obedecerme en todo?

JUANA. Pues no sabeis que os amo.

GASP. (Es cierto; puedo contar con ella.)

JUANA. ¿No hablais?

GASP. Juana, para que todo lo comprendas mejor, necesito contarte una historia terrible; cuida de que no se te escape una palabra de cuanto voy á decirte, porque si la repitieses delante de nuestros amos, les causarias un pesar.

JUANA. ¡Hablad!

GASP. ¿Sabes por qué tu señorita demuestra tanto horror á la caza?

JUANA. No ignoro esa circunstancia; pero nunca me he esplicado el por qué, aunque no he dejado de pensar mucho en ello, pues D. Ricardo participa tambien de esta aversion.

GASP. Vé aquí justificadas mis sospechas mucho mayores á medida que reflexiono sobre estas estrañas coincidencias.

JUANA. ¿Pero no me direis...?

GASP. Sí, Juana, ven aquí *(La lleva á la puerta del fondo.)* ¿No ves allá léjos un castillo medio oculto entre los árboles?

JUANA. Sí, le veo.

GASP. Pues bien; en aquel edificio solitario habitaba hace veinte años el señor baron del Pinar,

conservando en sus costumbres todo el carácter feudal de sus antepasados. Vivia en compañía de su hermano, hombre bastante achacoso, y de un niño de siete años, único hijo que el cielo le habia concedído. La mitad de las propiedades de la comarca pertenecian al Baron y algunas de ellas estaban y están todavía colindantes con las tierras de esta quinta, habítada entonces por los padres de nuestros amos D. Juan y la señorita Isabel, á la sazon muy niños. Era el Baron aficionado á la caza y la practicaba indiferentemente en sus bosques y en los de sus vecinos.

JUANA. No sé por qué tiemblo á medida que vais hablando.

GASP. Mi padre, que entonces ocupaba el destino que yo desempeño ahora, en su calidad de guardabosque, sorprendió infraganti varias veces al Baron cazando en las propiedades pertenecientes á esta casa, y le suplicó respetuosamente que se limitase á cazar en sus terrenos, ó bien que tomase la vénia de su vecino para ponerle á cubierto de toda responsabilidad. Esta súplica, tan natural como cortés, no solamente fué desatendida por el Baron, sino que éste llegó á maltratar á mi padre diciéndole con altivez que él haria lo que tuviese por conveniente y no toleraria que un guardabosque se atreviese á recriminarle. Á consecuencia de esto el padre de nuestros amos tuvo una larga disputa con el Baron, y desde entonces fué notoria la enemistad de ambas familias. El altivo noble no descansó hasta lograr que se entablase un pleito, en el cual tendió á ensanchar los límites de sus posesiones, y mientras esto sucedia, continuó cazando á su placer por donde mejor le acomodaba. Así las cosas, héte aquí que una mañana se tropieza un labriego con el cadáver del Baron tendído sobre la yerba de uno de los bosques pertenecíentes al padre de la señorita Isabel.

JUANA. ¡Cielo santo!

GASP. ¿Quién le habia matado? Hé aquí la duda. No pudo ser suicidio porque su escopeta estaba cargada, y por otra parte tampoco tenia motivos para matarse. En resúmen, el hermano del muerto acusó de este crimen al padre de nuestros amos, fundado en el pleito que se seguia y en las causas que le habian originado.

JUANA. ¡Qué desgracia!

GASP. Pero la Justicia se hizo cargo de todo y el acusado resultó libre de culpa.

JUANA. Mas el asesino...

GASP. No pudo ser hallado, por esta circunstancia el ódio del hermano del Baron llegó á su colmo al ver libre de todo cargo á su enemigo: se atrevió á decir que los jueces se habian vendido al oro y no se sabe lo que hubiera sido capaz de hacer por vengarse del que aun suponia criminal á no haber estallado por entonces la guerra de sucesion. Vencedor Felipe V. en Castilla, el hermano del Baron, que se habia mostrado decidido partidario del Austríaco, se vió precisado á huir á Francia, llevándose consigo á su sobrino. Allí es muy posible que haya muerto, pero puedes calcular que todo su ódio se habrá trasmitido al pecho del jóven Baron, el cual al volver á España no perdonará medio de vengarse.

JUANA. Vengarse, sí, pero de quién, muerto el supuesto criminal?

GASP. Quedan sus hijos, que á los ojos del vengador han heredado la culpa, así como él habrá heredado ódio de su tio.

JUANA. ¡Dios mio! ¿Pero creeis posible que vuelva?

GASP. Todos los emigrados se han acogido al indulto de nuestro rey, que devuelve las posesiones confiscadas. ¿Creeis pues que si el jóven heredero del Baron vive, no aproveche la ocasion para recobrar su herencia y vengar á su padre?

JUANA. ¿Pero no seria horrible?

GASP. Dí mas bien que lo és, porque á cada instante voy estando mas convencido de que el Baron ha vuelto.

JUANA. ¿Qué decis?

GASP. ¿Te asombras no es verdad? pues escucha. Creo mas, creo que el heredero del Baron está aquí, estoy seguro.

JUANA. ¡Cielos! ese jóven, el riesgo que decís corren nuestros amos, será él acaso.

GASP. Hé ahí mi sospecha.

JUANA. Pero pensad que si no saliese cierta os esponiais...

GASP. ¿Piensas que á dejarme llevar por mis primeros impulsos no le hubiera delatado mil veces? Mi padre, que me contó toda esa historia, me hizo jurar en la hora de su muerte que si ese jóven volvia á España con intento de vengarse, derramaria yo mi sangre en defensa de mis amos, antes que consentir se les tocase en la honra ó en la vida.

JUANA. Sí, Gaspar, cumplid vuestro juramentos, ¡son tan buenos nuestros protectores!

GASP. Para ello es preciso que tú me ayudes.

JUANA. Con vida y alma.

GASP. Cuéntame cómo fué el introducirse en la quinta ese jóven.

JUANA. Parece que D. Juan le encontró una mañana en el camino que conduce á la ciudad. El carruaje que le conducia habia dado un vuelco rompiéndose sus ruedas en la caida, y como el forastero le preguntase dónde podria componerse, el amo hizo qne condujesen el carruaje á la aldea, y suplicó al viajero que admitiese la hospitalidad que le ofrecia. Admitióla despues de muchos ruegos, y nuestros amos se aficionaron tanto á su trato, que no se avienen á dejarle marchar.

GASP. ¿Tú has visto el carruaje?

JUANA. Tuve ocasion de verle cuando fuí á preguntar si estaba ya arreglado.

GASP. ¿Á qué clase pertenece?

JUANA. Es un carruaje muy sólido y de construccion francesa.

GASP. ¿Alguien le vió volcar?

JUANA. Nadie, que yo sepa.

GASP. En ese caso no debemos atribuir á la casualidad esa rotura.
JUANA. No deja de ser estraña en verdad.
GASP. ¿Y el cochero?
JUANA. En Madrid aguarda órdenes de su señor juntamente con un mayordomo que le acompañaba.
GASP. ¿Quién es el encargado de llevar las cartas al apostadero de la aldea?
JUANA. Yo misma las llevo todos los dias.
GASP. ¿A qué hora?
JUANA. Dentro de un instante, despues del almuerzo.
GASP. Necesito que me las entregues á mí.
JUAN. ¡Gaspar!...
GASP. Yo respondo de todo.
JUANA. Pero...
GASP. Ya te he dicho que se trata de la honra y tal vez de la vida de nuestros amos.
JUANA. Disponed de mí.
GASP. ¡Silencio! ya venen. ¡Afuera esperaré!
JUANA. Está bien.
GASP. Si cojo un cabo del hilo, pronto descubriré el enredo.

ESCENA VIII.

(Gaspar se va por el fondo en cuanto los demás personajes entran en la escena.)

D. RICARDO, D. JUAN, ISABEL *(con un ramo de flores)*. JUANA.

JUAA He almorzado admirablemente.
RICR. Nos habeis descuidado.
JUAN. Vams, que vos tampoco habeis dejado de hacer honor á las viandas. *(Va á regar las macetas con una jarra.)*
RICAR. Mas bien á la mano que las ha servido.
ISAB. Gracias, señor lisonjero ; venid acá y veamos si sabeis hacerme un ramo de etas flores, con la misma perfeccion que dirijís un cum-

plido. *(Se dirigen á la mesa sobre la cual dejó las flores Isabel.)*

RICAR. Procuraré ser lo menos torpe que me sea posible.

ISAB. Tomad asiento.

RICAR. Permitidme un momento. ¿Quereis hacerme el favor de llevar esta carta á la aldea? *(A Juana.)*

JUANA. Con mucho gusto, como siempre. ¿Necesitais algo, señorita?

ISAB. No, puedes marchar al momento. No vaya á pasarse la posta. *(Vase Juana.)*

RICAR. No importaria.

ISAB. ¿Quién sabe?

RICAR. ¿Suponeis?...

ISAB. ¿No hay alguien á quien pueda contrariar vuestra detencion aquí?

RICAR. Isabel, tengo que hablaros. *(En voz baja.)*

ISAB. Cuando gusteis.

RICAR. A solas.

JUAN. Ea, ya he refrescado mis claveles. *(Acercándose á Ricardo é Isabel.)* Diablo, esa flor sanguinolenta hace mal efecto entre los jazmines. Quitadla, Isabel.

RICAR. Cualquiera diria que os asusta el color de la sangre.

JUAN. No á fe mia, pero una dalia encarnada entre flores blancas, parece un mal presagio.

RICAR. Sois supersticioso.

JUAN. ¡Qué tontería! Jamás he sido tan dichoso como en este momento. *(Gaspar aparece en el foro.)*

RICAR. Tambien yo me siento renacer á la alegría.

ISAB. Podemos llamarnos felices. *(Arreglando el ramo.)*

JUAN. Lo dicho, no me gusta esa flor, dejadme que la arranque. *(Toma el ramo y saca la flor encarnada y la arroja, en tanto que Gaspar dice:)*

GASP. Se acabó la amistad entre esos dos hombres. *(Se cruza de brazos y queda contemplando el grupo.)*

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

ISABEL, D. JUAN *y* RICARDO.

(En la misma posicion que guardaban al finalizar el acto primero).

ISAB. *(Concluyendo de hacer el ramo.)* Ahora una cinta azul y hé aquí un ramo de los más lindos.
JUAN. Me parece que has elegido mal color, hermana. ¿No sois de mi opinion, Ricardo?
ISAB. ¿Y por qué? el azul sienta perfectamente con el jazmin.
JUAN. Mejor hubiera sentado el verde.
ISAB. Fácil es complacerte.
JUAN. Sí, porque en tu ramo abunda el eleotropo, que es la flor del amor, la cual no se quejará de estar aprisionada en cinta verde, que es el color de la esperanza.
ISAB. ¿Opinais vos del mismo modo, Ricardo?
RICAR. Vuestro hermano ha hablado por mí.
ISAB. Me parece que estais distraido.

RICAR. Á vuestro lado solamente puede pensarse en vos.

JUAN. ¡Hola! parece que vais recobrando los fueros de vuestra edad ¿Qué respondes tú á esa galantería? *(A Isabel.)*

ISAB. Lo que acabas de decir; que Ricardo es muy galante.

RICAR. No me gusta faltar á la verdad ni aun en chanza, además se me figura que no estamos en un salon de baile.

ISAB. En ese caso solo me resta daros las gracias por vuestro favor.

RICAR. Habreis querido decir por mi sinceridad.

ISAB. Sea como vos querais. *(Queda pensativa.)*

JUAN. Declaro solemnemente que has quedado vencida. *(Mirando á entrambos.)* (Se me figura que aquí estoy estorbando; ¡Qué demonio! al fin y al cabo este enlace seria muy de mi gusto.) Conque, con vuestro permiso voy á visitar mis aves.

RICAR. ¿Nos dejais?

JUAN. Por breve tiempo... Dispensadme esta descortesía.

RICAR. Quereis callar.

JUAN. Á bien que no quedais tan mal acompañado.

ISAB. Quizá Ricardo desearía dar un paseo.

RICAR. No á fé mia, me encuentro pefectamente; pero no impide que si vos quereis, acompañemos á vuestro hermano.

ISAB. No, no, por mí prefiero quedarme.

RICAR. Y por mí...

JUAN. Sí; qué diablos, preferís su conversacion á mi charla sempiterna, esto es muy natural; conque, no os canseis en escusaros.

RICAR. Sois deliciosamente ingénuo, querido amigo.

JUAN. No mas de lo que vos mereceis. Hasta despues.

RICAR. No tardeis.

JUAN. (Creo que seria feliz si los viese unidos.) *(Deteniéndose un momento.)*

ISAB. ¿Qué piensas ahora?

JUAN. Pienso en que un buen pintor haria un escelente cuadro, con solo copiar vuestras dos figuras. Sois una pareja admirable, creedme.

ISAB. Eres un adulador por lo que á mí toca.
JUAN. ¡Eh! ya te ruborizas.
ISAB. Me enojan tus impertinencias.
JUAN. Voyme por miedo á tus iras. Desenojadla vos, Ricardo. *(Vase riendo por el fondo.)*

ESCENA II.

ISABEL *y* RICARDO.

ISAB. ¿No os parece sobrado tarambana mi señor hermano?
RICAR. Es franco y decidor, como buen militar.
ISAB. ¿Le disculpais?
RICAR. Le hago justicia únicamente; pues en lo que acaba de decir campea la verdad.
ISAB. Permitidme que lo niegue.
RICAR. Permitidme que presente una prueba en contra de vuestra negacion.
ISAB. ¿Cuál es la prueba?
RICAR. Una irrecusable, vuestra belleza.
ISAB. ¿Tambien vos?
RICAR. Decidme ¿os gustan los hombres embusteros?
ISAB. Los detesto.
RICAR. ¿Es decir que quereis detestarme?
ISAB. ¡Yo!
RICAR. Sí, vos; puesto que deseais que no diga la verdad.
ISAB. Dejemos eso.
RICAR. Si preferís que calle...
ISAB. No ciertamente, pero me habeis dicho que queriais hablarme á solas, y la ocasion no puede ser mas propicia.
RICAR. Es que sin sospecharlo tal vez, vuestro hermano me ha abierto camino para cumplir mi deseo.
ISAB. No os comprendo. *(Turbada.)*
RICAR. Es muy sencillo, Isabel; queria hablaros de vuestra hermosura, de vuestro bello carácter, y para deciros que os amo deseaba que nuestra conversacion fuese á solas.

ISAB. *(Levantándose.)* ¡Dios mio! *(Con alegría reconcentrada.)*

RICAR. Estas dos palabras os parecerán tal vez temerarias si habeis comprendido que, nacidas de mi corazon, han llegado á vuestros oidos sin rozar mis labios. Además, en vano buscaría otras que espresasen como ellas los sentimientos de que mi alma está poseida en este momento.

ISAB. ¡Ricardo!

RICAR. Os amo y seria inútil tratar de que mi amor permaneciese oculto, pues habeis debido sorprenderle en mis ojos.

ISAB. Yo...

RICAR. Sí, Isabel, os amo, pero si esta revelacion os fuese enojosa, culpad por ello á vuestro hermano, culpaos á vos misma, que habeis destruido el único medio que contaba para defenderme de esta pasion.

ISAB. ¿Por qué me decís eso, Ricardo? Yo no alcanzo...

RICAR. Escuchadme, Isabel; aun cuando de esto que os digo resulte mi eterna desventura, vos no debeis sentir remordimiento. He dicho que culpeis á vuestro hermano, que os culpeis á vos por lo que pasa; pues he dicho mal. Al destino es únicamente al que debemos acusar. Él hizo que mi carruaje se rompiese enfrente de esta quinta, á él se debe que vuestro hermano me ofreciese su hospitalidad, y por último, él quiso que os encontrase aquí. Veros y no amaros es imposible. Os ví y os amé. Razones que ahora no me es dado revelaros prohibian la entrada de este afecto en mi corazon. Pero, ¿qué puede la razon donde la voluntad es impotente? Conocí que este amor, el primero que he sentido en mi vida, os lo juro, iba á absorber por completo mi existencia, ahogando otros sentimientos que el deber me ordenaba no olvidar, y me propuse huir. Á solas en mi cuarto, creí en la firmeza de mi propósito y cuando quise ponerle por obra, una palabra

vuestra fué suficiente para rendirme. Por algo muy sagrado habia jurado marchar: me dijisteis, quedaos, me quedé, fuí perjuro. Mirad si os amaba.

ISAB. (¿Madre mia, no lo oís?) *(Con profunda alegría.)*

RICAR. Un mandato supremo suena constantemente en mis oidos, acusándome de este perjurio; no lo escucho porque no quiero obedecerle. Tengo empeñada una palabra sagrada; para cumplirla es preciso no amaros, no la cumplo; mirad si os amo.

ISAB. ¡Ricardo! ¡Ricardo!

RICAR. Teneis mi existencia en vuestras manos, porque la vida sin veros seria para mí una muerte interminable. Hé aquí lo que tenia que deciros, os he mostrado mi corazon, que el vuestro me responda. Si no me amais, si no podeis amarme, no me tengais una compasion que seria estéril, decidme: partid, y partiré.

ISAB. ¡Quedaos! *(Con un arranque amoroso.)*

RICAR. ¡Ah! ¡Dios mio! ¡qué felicidad! *(Tomando la mano de Isabel.)*

ISAB. No sé lo que habeis dicho, solo he comprendido que me amabais. Debo responderos algo. Os amo desde el primer momento en que vos me amasteis, hé aquí mi respuesta.

RICAR. ¿Qué falta, pues, á nuestra felicidad?

ISAB. Nada.

RICAR. Falta que vuestro hermano participe de ella.

ISAB. Mi hermano me quiere mucho.

RICAR. Ya lo sé, por eso quiero á mi vez que sepa que vuestra ventura es la mia: voy á buscarle y se lo contaré todo; pues estoy seguro que no me perdonaría nunca el haberle dilatado un momento nuestra revelacion.

ISAB. Hacedlo así, Ricardo, que solo de este modo puedo perdonaros que me dejeis en este instante.

RICAR. Juzgad si me daré prisa en volver. Adios, Isabel.

ISAB. ¡Ricardo! *(Con amor.)*

RICAR. Adios, vida mia. *(La besa la mano.) (Gaspar, que durante esta escena ha asomado varias veces por la puerta del fondo, sorprende la accion de Ricardo.*

GASP. (¡Maldicion!) *(Desaparece.)*

RICAR. *(Al marcharse.)* ¡Padre mio! ¡al haceros la promesa de vengaros no habia sonado en mí la voz del corazon! *(Váse.)*

ESCENA III.

ISABEL, GASPAR.

(Gaspar aparece en la puerta del fondo y queda como mirando á Ricardo que se aleja.)

ISAB. ¡Gracias, Vírgen María! ¡soy feliz!

GASP. (Cumplamos nuestro deber.)

ISAB. ¡Ah! Gaspar, mi fiel servidor, mi buen amigo; estais muy contento ¿no es verdad? hoy todo el mundo es dichoso en esta casa.

GASP. (No disimula su alegría.)

ISAB. ¡Cómo! ¿os poneis triste? ¿qué os sucede? decidmelo por si puedo remediar el disgusto que os aqueja.

GASP. No, señorita; vos no podeis remediarlo.

ISAB. ¿Tan grande es vuestra pena?

GASP. ¿Mi tristeza proviene de veros á vos contenta?

ISAB. Cómo, Gaspar, ¿os complaceria acaso verme sufrir?

GASP. Líbreme Dios de semejante pensamiento.

ISAB. No os comprendo, y sin embargo me haceis temblar.

GASP. Por lo mismo que el mas pequeño de vuestros pesares es para mí una desdicha, me aterra el considerar que vuestra alegría es anuncio de una desgracia irreparable.

ISAB. ¡Cielos! ¿tú pero cómo lo sabes? ¿quién ha podido decirte la causa de mi gozo, cuando hasta ahora es un secreto?

GASP. Vos lo creeis así, no es cierto.

ISAB. Es justo que lo crea.

GASP. Pues bien, señorita, dispensadme si os digo que os engañais, y para probároslo os diré que el amor es hoy causa de vuestro gozo como ayer lo era de vuestra incertidumbre.

ISAB. ¡Gaspar!

GASP. Si el amor no puede ocultarse á nadie; ¡cuánto menos podrá disfrazar sus impulsos á los ojos de los que saben amar!

ISAB. ¡Es cierto!

GASP. Vos sois muy buena, y perdonareis á un fiel servidor que se ha atrevido á adivinar vuestros afectos.

ISAB. Perdonaros, cuando precisamente deseo que todo el mundo sepa mi dicha.

GASP. ¿Vuestra dicha?

ISAB. Sí, Gaspar, yo soy feliz con este amor, y si algo puede hacerme creer que mi ventura sea ilusoria, es únicamente vuestra duda; pero os advierto que no participaré de ella hasta tanto que me deis una prueba que la justifique.

GASP. (¡Hé aquí una ocasion propicia! pero no quiero afligirla del todo hasta tanto que aparezca desnuda la verdad.)

ISAB. Y bien, ¿no contestais? os he pedido una prueba que dé un viso de certeza á vuestros temores. ¿Por qué cuando soy feliz venís á anunciarme desgracias? ¿Qué interés os mueve á turbar mi tranquilidad.

GASP. Interés, señorita, yo no tengo mas interés que vuestra dicha. ¿Decís en qué se fundan mis dudas? Seguramente en el afecto que os profeso. *(Con forzada persuasion)* He sufrido yo tantas desgracias cuando mas cerca estaba de la felicidad, que se me figura que á todo el mundo ha de sucederle lo mismo, y creedme, es peligroso soñar venturas, porque siempre ha de ser triste el despertar comparado con la alegría del ensueño, y si por el contrario soñais con alguna desdicha, abrir los ojos á la realidad es un consuelo inesplicable.

ISAB. Vos me engañais, Gaspar; vuestras palabras de antes, la tristeza que advertí en vuestro

rostro, y este cambio repentino en vos al ver mi sobresalto, me hacen creer que os esforzais por ocultarme alguna desgracia.

GASP. No lo creais: era solo un presentimiento, ya os le he dicho, una aprension hija de mi leal afecto.

ISAB. Pues bien, quiero saber ese pensamiento, esa aprension, como vos la llamais.

GASP. Es inútil; ahora que he reflexionado mejor, me parece una ridiculez indigna de ocupar vuestra atencion.

ISAB. No me lo oculteis, Gaspar, ¿me amenaza algun peligro?

GASP. *(Repentinamente se pone delante de Isabel como para protegerla y dice con vehemencia:)* ¿A vos quién se atreverá á causaros el menor daño?

ISAB. (¿Qué significa esto?)

GASP. *(Despues de una pausa.)* Dispensadme este esceso, señorita.

ISAB. (Empiezo á sospechar.)

GASP. (¿Qué me sucede?)

ISAB. (Me amará este hombre; así lo comprenderia todo.)

GASP. (Es preciso que no sospeche.) Señorita, inútil es fingir, ¿preguntais por qué me causa tristeza vuestra alegría? Pues bien, preparaos á oir un secreto...

ISAB. *(Con dignidad al observar la turbacion creciente de Gaspar.)* Basta, Gaspar, ya nada quiero saber. *(Váse por la izquierda, Gaspar queda aterrado.)*

ESCENA IV.

GASPAR.

¿Qué es esto que me pasa? ¿Qué he dicho? todo lo ha adivinado. Mi miserable corazon me ha vendido. ¡Si no hay fuerzas humanas capaces de luchar con este inflexible sentimiento! Ea, pues, el destino lo quiere, arrojemos

esta máscara hipócrita con que pretendo engañarme á mí mismo. No la vea yo de ese hombre ya que no puede ser mía. ¡Qué menos satisfaccion puedo dar á mi amor! Mí secreto, sospechado por ella, me perderá si no procuro sincerarme, para hacerlo no me queda mas que un medio, acusar á ese hombre; ó él ó yo. No es fácil la eleccion, donde grita el egoismo en vano queremos escuchar otra voz, piérdase mi rival: es culpable, tengo la prueba, aquí está, *(Sacando un pliego.)* Una carta firmada por él *(Lo abre.) (Lee:)* «Mi buen amigo Ricardo: »vuestro pasaporte dejará en breve de servir»me, y puesto que teneis deseo de volver á »España, os lo enviará muy pronto vuestro »amigo Cárlos «Baron del Pinar.» Cuando vol»vais á escribirme poned el sobre á mi ver»dadero nombre y dirigid la carta á mi casti»llo.» No hay duda, aquí se encierra el mas abominable de los planes. Ha llegado la hora de cumplir el juramento que hice á mi padre. ¡Ah, Baron! con qué placer voy á vengar en tí mis sufrimientos. *(Ocultando el papel al ver á Ricardo.)* Él és; disimulo y astucia.

ESCENA V.

GASPAR, RICARDO, *luego* JUANA.

RICAR. ¡Hola, Gaspar! ¿podreis decirme dónde se encuentra vuestro amo?

GASP. Me es imposible complaceros, pero si quereis que vaya...

RICAR. Hacedme este favor, necesito hablarle al instante y en vano le ando buscando hace rato.

GASP. Aquí teneis á Juana, tal vez ella lo sabrá. *(Juana sale por el fondo.)* Dinos, Juana, ¿por acaso has tropezado con nuestro amo en el camino de la aldea?

JUANA. No le he visto.

GASP. Veré si le encuentro, y le diré que le esperais.

RICAR. ¡Oh! lo agradeceria.
JUANA. *(A Gaspar.)* ¿Qué hay?
GASP. Nada que debas temer.
JUANA. *(Con cariño.)* ¿Volvereis pronto?
GASP. Sí.
JUANA. Allá veremos. *(En tono de duda.)*
GASP. Te lo aseguro.
JUANA. ¿Sabeis que os amo mucho, señor Gaspar?
GASP. Ya lo sé, Juana, ya lo sé. *(Con cierta modestia.)* (¡Oh qué martirio!) *(Váse por el fondo. Juana queda llorosa.)*

ESCENA VI.

JUANA, RICARDO.

JUANA. ¡Qué ingratos son los hombres!
RICAR. *(En el proscenio.)* ¡Qué impaciencia! cada momento que pasa es un siglo, quisiera que no me quedase tiempo para recordar el juramento prestado á un moribundo. Pero ¿qué valen todos los juramentos de la tierra comparados con las bondades de esa encantadora niña? Está visto, mi corazon no ha nacido para el mal, lejos de mí aquellos proyectos de venganza. Si mi padre me vé desde el cielo, seguro estoy de que me bendicirá en este momento. ¡Cuánto tardan! *(Al volverse repara en Juana que solloza sentada junto al foro.)* ¿Qué es eso, Juana? ¿Qué os sucede? ¿Por qué llorais?
JUANA. Lloro porque mi novio no es mi novio.
RICAR. Difícil es comprender eso, y si no te esplicas...
JUANA. Figuraos por un momento que sois mujer.
RICAR. Pase por suposicion.
JUANA. ¿Creeriais en el amor de un hombre que en todo piensa menos en festejaros?
RICAR. Diablo, eso es grave.
JUANA. Y habeis de contar que esto sucede á las dos horas de haber declarado su pasion. Conque, decidme qué será dentro un mes.

RICAR. No temais, yo os aseguro que dentro de un mes será mas esplícito.
JUANA. Pues no lo entiendo.
RICAR. ¿Habeis amado á alguien antes que á Gaspar?
JUANA. A nadie.
RICAR. ¡Ah! por eso ignorais que el hombre cuanto mas ama es mas cobarde, y esta cobardía solo puede vencerla el trato frecuente con la persona amada.
JUANA. Ahora recuerdo que eso mismo me lo ha dicho muchas veces mi señorita.
RICAR. *(Muy animado.)* Tu señorita, dices que te lo ha dicho. *(Tomándola las manos.)*
JUANA. ¿Qué os ha dado, señor? estais temblando.
RICAR. ¿Qué me ha de pasar? nada.
JUANA. (¡Si yo pudiera averiguar si es cierto lo que Gaspar sospecha!)
RICAR. Todavía no vienen.
JUANA. ¿Sabeis lo que pienso, señor Ricardo?
RICAR. Difícil es que lo sepa si os lo callais.
JUANA. Pues bien, pienso que vos debeis ser un buen amante, porque sabeis tranquilizar las almas enamoradas. Y mucho me alegraria de que vuestra novia fuese alguna persona á quien yo profesase estimacion.
RICAR. ¿De veras os alegrariais?
JUANA. Sí porque sois un cumplido caballero y se me figura que teneis muy buen corazon. Muchas veces se lo he dicho á mi señorita.
RICAR. ¡Ah, gracias, escelente Juana!; si supieseis cuán feliz me está haciendo vuestra sencilla revelacion! Muy pronto os convencereis de lo mucho que os debo sin que tal vez lo hayais vos sospechado.
JUANA. No os comprendo.
RICAR. Os digo que no pasarán muchos instantes sin que me comprendais. Básteos saber que estoy enamorado, y pedidle al cielo que en esta casa se celebren dos bodas en un dia.
JUANA. Será posible...
RICAR. Sí Juana, sí, pensad todo lo que querais, porque ya sé lo que podeis pensar.

JUANA. (Esa alegría, esa confianza á una pobre muchacha como yo, no cabe duda, Gaspar se ha equivocado. Este hombre ama verdaderamente á mi señorita, lo conozco no sé por qué, pero lo conozco. Este hombre es bueno. ¡Y yo que he entregado la carta á Gaspar!... Si pudiera disuadirle... corramos...)

ESCENA VII.

(Al ir Juana hácia á la puerta, aparece en ella DON JUAN.*)*

JUANA. ¡Ah! ya teneis aquí á mi amo, señor Ricardo.
RICAR. Gracias al cielo que pareceis. *(En tono jovial.)*
JUAN. Hola, futura ninfa de mis bosques. *(A Juana.)* Allí tienes á tu rendido galan *(Señalando al campo)* haciendo un ramo de margaritas al borde del camino. Anda á ver si esas flores son para tí; te doy mi permiso.
JUANA. ¡Cuán bueno sois! *(Váse por el foro.)*

ESCENA VIII.

D. JUAN, RICARDO.

RICAR. En verdad que esa muchacha tiene mucho que agradeceros.
JUAN. ¿Porqué he de negarle una felicidad, que á mí no me cuesta nada proporcionarla? Seria un rigor que vos no aprobariais.
RICAR. Seguramente.
JUAN. Además, esto tiene su parte de egoismo, pues no debeis ignorar que los criados, cuando se les trata con rigor, suelen convertirse en enemigos mas terribles cuanto que conocen toda nuestra vida privada.
RICAR. Veo que poseeis la ciencia de saber vivir.
JUAN. No es esto ciencia, sino deseo de dar á la naturaleza lo que es suyo. Un criado tiene derecho á nuestra estimacion y á nuestros cuida-

dos. Es un depósito que la sociedad nos confia, y del cual debemos dar cuenta á su tiempo. Si en el amo encuentran un amigo, los servidores se instruyen, porque se ven respetados y comprenden que deben respetar. Si por el contrario el que les manda es un tirano, sienten la necesidad de la venganza, se vuelven malos y la sociedad les condena, sin ver que de los crímenes que cometen no son ellos solamente los responsables, sino los que moralmente y á cambio de un mezquino salario pretendieron encerrar en la miserable condicion de esclavos á séres que nacieron libres como el alma que les sustenta.

RICAR. Vive Dios que me cautivais, y cada dia me envanezco mas de haber conseguido vuestra amistad.

JUAN. No merece elogios el que cumple con su deber. Además esa muchacha es muy leal y es justo que se la premie. La norma de mi conducta es esta: bueno con los buencs, justiciero con los malos.

RICAR. Sois todo un hombre.

JUAN. No hago mas que seguir los consejos de mi honrado padre.

RICAR. (¡Su honrado padre! ¡cielos qué recuerdo en este momento!)

JUAN. ¿Qué os sucede?

RICAR. A mí? nada ciertamente.

JUAN. Os habeis puesto pálido.

RICAR. Al nombrar á vuestro padre, me habeis recordado el mio; esto es todo.

JUAN. Perdonadme que no haya previsto el dolor que iba á causaros al recordar la pérdida del autor de mis dias, pero sírvanos á ámbos de consuelo esta singular coincidencia que funde en uno solo los dos sucesos mas importantes de nuestra vida.

RICAR. ¡De consuelo decís! (¡En qué horrible situacion me colocan sus palabras!)

JUAN. Ya sé que hay heridas que no se cicatrizan jamás, y para sondear la profundidad de la

vuestra me basta reconocer la mia. ¿Creeis acaso que mi carácter jovial me impide sentir ciertas impresiones?

RICAR. No trato de haceros una ofensa.

JUAN. ¡Oh! no creais que tomaré á agravio vuestro modo de pensar en este asunto, natural es suponer alegría en el que rie, pero á vos, cuya amistad me lisonjeo de haber merecido, bien puedo decíroslo todo.

RICAR. (Sus palabras me llenan de placer, y sin embargo me acosa un terrible presentimiento.)

JUAN. La muerte de mi padre, siendo yo aun muy jóven, y una grave circunstancia que precedió á aquella desgracia, dejaron en mi alma tan honda huella, que muy pronto me ví supeditado á una continua tristeza; pero conociendo que este abatimiento de mi espíritu podia tener consecuencias fatales, y sobre todo conociendo la importancia de mi vida por el deber que tenia de velar por mi hermana, traté de modificar mis costumbres eligiendo una profesion que al paso que distrajese mi pensamiento, me ofreciera continuas ocasiones para fortalecer mi ánimo. La carrera militar era la mas aprópósito para conseguir mi objeto, comprendílo así y no me dí tiempo á titubear. La guerra de sucesion me ofrecia ancho campo para adquirir honra y provecho. Dejé á Isabel al cuidado de una parienta lejana, compré un grado en el ejército del rey Felipe, y me lancé á los combates. Á los pocos años volví capitan y completamente curado de la espantosa enfermedad que habia empezado á dominarme.

RICAR. He tenido ocasion de leer algunas relaciones, en las cuales se habla de vuestro valor en términos tan justos como halagüeños.

JUAN. Hay en ellas algunas exageraciones que son hijas á no dudar de la estimacion que me profesaban mis superiores. El hecho es que yo conseguí aniquilar mi tristeza, pero no tanto que no quedase en mi alma un sentimiento

exagerado de conmiseracion hácia los que padecen; porque es muy cierto que solo puede analizar la desgracia aquel que la ha sufrido. Aquí teneis esplicada la causa de esta espontánea simpatía que me une á vos desde el primer momento en que os ví.

RICAR. Simpatía ante la cual no tengo que tacharme de ingrato, porque, afecto por afecto, con el vuestro os habeis ganado todo el que cabe en mi corazon.

JUAN. Así lo creo; así lo he creido siempre. *(Estrechánse ambos las manos)*

RICAR. (Crímen seria rechazar tan nobles sentimientos.)

JUAN. Mirad, Ricardo, me intereso mucho por vuestro bienestar, y de tal modo pienso en vos, que he concebido un plan escelente, el cual tengo esperanzas de que acepteis.

RICAR. Decídmelo.

JUAN. Vuestra vida, segun me habeis dicho, no tiene punto fijo en que gravitar. Sois como el ave huérfana, que habiendo perdido á sus padres en el nido en que nació, vuela errante sin encontrar el rumbo que ha de llevarla al arbolado sitio donde le ha señalado su lecho el padre de la creacion. La Providencia ha querido que vuestro fatigado espíritu viniese á reposar entre nosotros. ¿Quién os dice que esto que vos juzgais casualidad no sea un aviso del Dios que os señala con su sabia mano vuestro risueño porvenir?

RICAR. *(Con espansion.)* ¿Qué me quereis decir?

JUAN. Escuchadme, amigo mio; vuestro modo de existir me inspira sérios cuidados y os confieso que si nos dejais os veremos partir con dolor. Quedaos entre nosotros, y... no os ofenda lo que voy á deciros, si vuestra fortuna no es suficiente para que podais tomar una determinacion, yo os ofrezco la mia, que, gracias al cielo, es de sobra desahogada. Tomad de ella la parte que os parezca necesaria; adquirid algunas propiedades por estos alrededores, y

gocemos unidos las delicias de este apacible retiro.

RICAR. ¿Qué me proponeis? *(Con júbilo.)*

JUAN. Si aceptais mi proyecto, yo dejaré mi uniforme militar por el humilde vestido del campesino. Afortunadamente la guerra ha concluido y mi determinacion no puede achacarse á cobardía. Además se me ofrece ocasion de hacer un bien regalando mi grado á quien lo necesite mas que yo.

RICAR. Siempre generoso.

JUAN. ¿Qué me decís?

RICAR. ¿Qué he de deciros sino que mi alegría no tiene límites? que mi corazon habia, desde luego, adivinado el plan famoso que me indicais y que tanto deseo llevar á cabo.

JUAN. ¿De veras?

RICAR. Figuraos que hace un momento os buscaba...

JUAN. Me lo han dicho.

RICAR. ¿Y sabeis para qué?

JUAN. No, pero casi lo adivino.

RICAR. Para pediros la mano de vuestra hermana.

JUAN. ¡Magnífico, vive Cristo! Lo habia sospechado, pero no me atrevia á dar por segura tanta felicidad.

RICAR. ¡Conque me admitís para cuñado.

JUAN. Hermanos hemos de llamarnos desde hoy.

RICAR. ¡Hermanos, dices bien, corazon de oro! *(Se abrazan.)*

JUAN. *(Dirigiéndose á la puerta de la izquierda.)* Isabel... Isabel... Es preciso que lo sepa, aunque presumo que habeis obrado de comun acuerdo.

RICAR. (¡Y yo venia á sembrar la muerte, donde encuentro mi vida!)

ESCENA IX.

DICHOS ISABEL.

ISAB. ¿Qué es ello, qué sucede? ¡Ah! *(Al ver á Ricardo.)*

JUAN. Sucede que Ricardo acepta mi plan.

ISAB. Y bien, ya lo sabia. *(Bajando los ojos.)*
JUAN. Confieso que acabo de estar soberanamente ridículo.
ISAB. Un poquito. *(Sonriendo.)*
JUAN ¡Picaruela!
ISAB. Pero dime, ¿no ha hecho Ricardo en tu plan alguna ligera variacion?
JUAN. Ligera ¿eh? ¿conque ligera?
RICAR. } ISAB. } Ja, ja, ja, ja. *(Riendo.)*
JUAN. Celebro el calificativo.
RICAR. Esperad, ahora recuerdo que con la alegría he omitido una observacion importante.
JUAN. ¿Cuál?
ISAB. ¿Qué?
JUAN. *(A Isabel.)* No te asustes, que no será nada, diablo y ¡ qué fuego !
ISAB. ¡Anda burlon!
RICAR. Debo deciros que mi fortuna es tambien considerable.
JUAN. Y que mejor para vos; ¿Era eso todo?
RICAR. ¿Lo creeis insignificante?
JUAN. Por lo menos, no es cosa que deba alarmarnos, mejor es que nos sobre á los dos.
ISAB. Mientras haya pobres, nunca sobrará.
JUAN. ¿Qué os parece? *(A Ricardo.)*
RICAR. ¡Ah! ¡eres un ángel! *(Gaspar asoma en el foro con Juana.)*
ISAB. No tanto.
JUAN. Bueno, no vayamos ahora á tener otra cuestion por tan poca cosa. Tiene razon Ricardo, ¿ha dicho que eres un ángel? pues á pesar de verte con ojos de amante, se ha quedado corto, eres un querubin, un arcángel del séptimo cielo.
ISAB. Vuelta á las burlas; ¿lo veis? ¡esto me desespera!
JUAN. Suprime la desesperacion porque no hemos de creerla, al menos por hoy. ¿No es cierto? *(A Ricardo.)*
RICAR. Dejemos eso si os parece.
JUAN. Justo; dejemos eso y tratemos de cosas mas

importantes. Hé aquí la cuestion ¿Cuándo es la boda?

GASP. *(Adelantándose de repente.)* ¡Nunca! *Juana queda en el foro llorando. Isabel se vuelve y manifiesta indignacion. En Juana se vé pintado el asombro, y en Ricardo el recelo. Gaspar domina por un momento el cuadro. Pausa.*

ESCENA X.

ISABEL, D. JUAN, RICARDO, GASPAR, JUANA.

JUAN. ¡Gaspar!

JUANA. ¡Vírgen María!

RICAR. ¿Qué habeis dicho?

ISAB. *(Con desprecio.)* ¿Quién sois vos?

GASP. Soy el fiel servidor que viene á defender la honra de sus amos, el que vá á arrancar la venda de vuestros ojos, soy el terrible acusador que la Providencia ha elegido para quitar la máscara á ese falsario.

RICAR. ¡Vive Dios!

ISAB. ¿Qué dice este hombre?

JUAN. Cuidado con lo que hablais, Gaspar.

RICAR. *(Dominándose.)* ¿Por acaso, os habeis, vuelto loco?

GASP. Demasiado comprendeis que no. He dicho que erais un falsario y os lo probaré. Vos no os llamais Ricardo.

JUAN. *(Mirando el desconcierto de Ricardo.)* ¡Cómo!

ISAB. ¿Qué es esto?

GASP. He dicho que ese hombre no se llama Ricardo.

RICAR. En ese caso *(Con sonrisa)* vos debeis saber mi verdadero nombre.

GASP. Sí ciertamente, vuestro nombre es Cárlos, y sois el heredero del Baron del Pinar.

ISAB. ¡Misericordia! *(Apartándose.)*

JUAN. ¡Nuestro enemigo!

RICAR. Esa acusacion...

JUAN. Necesita pruebas.

GASP. *(Sacando la carta abierta.)* Negad si podeis. *(Despues de mostrársela la dá á D. Juan; éste la lee con agitacion.)*

RICAR. ¡Mi carta! ¡pero eso es una villanía! Espero, amigo mio que castigareis á este criado. *(Á D. Juan.)*

GASP. ¿Castigarme porque he cumplido mi deber?

JUAN. Basta, Gaspar. ¡Señor baron, sois un miserable! *(A Ricardo.)*

ISAB. ¡Ah! ¡era verdad! *(Con abatimiento.)*

RICAR. D. Juan... Isabel, oidme, cuando sepais... *(Se acerca á Isabel.)*

ISAB. Quitad... me dais horror.

JUAN. Caballero, la ofensa es clara, probada y son inútiles las protestas. Creo que me comprendereis.

ISAB. ¡Qué dice!

RICAR. Puesto que no se me quiere escuchar, apelo á vuestra propia conciencia, en la cual encontrareis mi justificacion.

JUAN. El que hace lo que vos habeis hecho, es un malvado.

RICAR. ¡D. Juan!

ISAB. ¡Hermano mio! *(Suplicante.)*

JUAN. No negais vuestro orígen.

RICAR. Basta, habeis arrojado á mi rostro la sangre de mi padre, asesinado por el vuestro y tengo derecho á odiaros...

JUAN. ¡Vos!

RICAR. Sí. *(Antes se acercan uno á otro con ademan amenazador.)*

ISAB. ¡No por Dios! *(Se coloca entre los dos para contenerlos.)*

JUANA. ¡Vírgen mia! *(Adelantándose.)*

GASP. ¡Calla! *(Conteniéndola. Pausa.)*

JUAN. Calmaos; estais bajo el sagrado de mi casa, y no es conveniente descender á un terreno tan poco digno de los dos. Ambos sabemos lo que nos toca hacer.

RICAR. Decís bien y puesto que mi permanencia aquí seria orígen de reparos inoportunos, voy á trasladarme á mi castillo. *(Vase por la derecha.)*

JUAN. Está bien, pasaré á buscaros.

ISAB. ¡Un duelo! ¡eso es ofender á Dios!

JUAN. Gracias, Gaspar. *(Dándole la mano.)* Cuando ese hombre vuelva, avisadme.

GASP. Estad tranquilo. *(Vase D. Juan por la izquierda.)*

ISAB. Adios, bellas esperanzas, ¡cuán terriblemente hieres á quien en tí confia!

GASP. Ved, señora, si eran fundados mis temores.

ISAB. Comprendo que nos habeis salvado, pero sabedlo, si uno de los dos sucumbiese, no podriais libraros de mi maldicion.

GASP. ¡Cielos!

JUANA. ¡Vírgen María, sacadnos con bien de todo! *(Vase con Isabel por la izquierda.)*

ESCENA XI.

GASPAR.

La maldicion: hé aquí lo que yo temia. ¿Cómo ha de perdonarme el haber matado su felicidad? Tentado estoy por decir que he mentido; ¡necio de mí! he presentado las pruebas y si estas no fuesen irrecusables bastaba para darles valor la franca confesion del criminal. No hay reparo posible; pero si aunque lo hubiese no me seria dado el aceptarlo. ¿Cómo he de faltar al juramento hecho á mi padre. Si con mi vida pudiese salvar la de los dos... imposible, la ofensa es demasiado grave, la reparacion no puede evitarse. No sé de lo que seria capaz por conjurar el ódio de la mujer que adoro. ¡Un medio, Dios mio!... un medio... una idea que me inspire... ¡Ah! ya sé, el relicario *(Saca del pecho un relicario.)* Toma, me dijo mi padre, y si el hermano ó el hijo del Baron volviesen sedientos de venganza, cuando veas en peligro la vida ó el honor de tus amos abre este relicario y en él encontrarás un medio de salvacion para todos. El momento ha llegado... veamos. *(Vá á abrirle.)* ¿Qué me pasa?... Siempre he mirado con terror esta reliquia. ¡Dios mio! haz que pueda devolverle la

dicha que ha perdido. *(Abre el medallon, saca un papel doblado, lo desplega y lee.)* ¡Ah! *(Grito terrible nacido del corazon.)*

ESCENA XII.

*(*RICARDO *aparece con el abrigo al brazo en la puerta de la izquierda.* D. JUAN, ISABEL *y* JUANA, *en la de la derecha, todos azorados.* RICARDO *al verles se inclina y sale por el foro. Los demás personajes quedan mirando á* GASPAR, *el cual, arrugando el papel, le ha escondido en su pecho y mira á todos con aparente calma. Cuadro.—Estudíese.)*

FIN DEL SEGUNDO ACTO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

JUANA, GASPAR.

*(*GASPAR *aparece sentado en el sillon y profundamente abatido.* JUANA *á su lado.)*

JUANA. ¡Dios mio! señor Gaspar, ¿qué teneis? ¿por qué estais tan abatido cuando mas falta nos hace vuestro ánimo? ¿No me contestais, no contestais á vuestra afligida Juana que os ama tanto?

GASP. *(Como dispertando sobresaltado y con ira.)* ¿Quién habla aquí de amor? Eres tú; jamás vuelvas á pronunciar esa palabra delante de mí.

JUANA. Gaspar. *(Asustada.)*

GASP. ¡Ah, no hagas caso de mí! No sé lo que digo. (Pobre muchacha, ¿qué culpa tiene ella?)

JUANA. Me habeis asustado.

GASP. Lo creo, Juana, lo creo, pero los acontecimientos de hoy han herido tan profundamente mi corazon que por todas partes me veo rodeado de espanto.

JUANA. Pues si á vos os sucede esto, pensad cómo debe estar mi alma, y sobre todo la de mi pobre señorita.

GASP. Padece mucho, ¿no es verdad? ¿Se ha puesto enferma? ¿qué hace?

JUANA. ¿Qué quereis que haga? rezar á la Madre de de los Afligidos.

GASP. Es verdad; á ella aun le queda ese consuelo. Su corazon no se ha cerrado á la esperanza. Aquí la única desdicha que no tiene remedio es la mia.

JUANA. ¿Qué decis, Gaspar? ¡Vos desdichado! ¿por qué?

GASP. ¿Acaso crees que la señorita Isabel me perdonará nunca el haber traido el dolor á esta casa precisamente cuando mas feliz creia ser?

JUANA. Pero, ¿qué culpa teneis vos de que ese hombre nos haya engañado á todos?

GASP. ¿Verdad que por ese lado no soy culpable?

JUANA. Al contrario; nuestros amos deben estarnos agradecidos, y cada vez me alegro más de haber sido yo la que os ha proporcionado la prueba que ha confundido al culpable.

GASP. ¡Ah! gracias, Juana, tú no sabes cuánto bien me han hecho tus palabras, porque me convencen de que no merezco su maldicion.

JUANA. ¿Su maldicion? no lo creais, Gaspar, mi señorita es demasiado buena para maldecir á nadie. Además, seria preciso tener corazon de tigre para pagar con la ingratitud un beneficio.

GASP. ¡Beneficio!

JUANA. La habeis librado de un enemigo.

GASP. La he privado de un hombre á quien amaba.

JUANA. Despues de lo sucedido habrá dejado de amarle.

GASP. No, Juana, no. Los que de veras aman no sujetan su corazon tan fácilmente. La señorita Isabel debe ser en este momento muy desdichada, porque ama un imposible, y el deber le ordena ocultar su amor. ¡Ah! ¡yo conozco ese tormento!

JUANA. Quién sabe ; quizás no discurrís con acierto.
GASP. Juzga por tí misma; colócate en su lugar; supon que yo soy D. Ricardo. ¿Qué te sucederia en este caso?
JUANA. ¡A mí!.. vaya; teneis unas preguntas... En primer lugar vos sois honrado.
GASP. Eso no es contestar; supon que despues de haber ganado yo tu corazon, descubrieses que mi amor era indigno de tí. ¿Qué harias?
JUANA. Me moriria de pena, Gaspar.
GASP. Y me aborrecerias.
JUANA. Eso no.
GASP. ¡Ah! lo ves. Si tal caso llegase á ser realidad, ¿sabes lo que te sucederia? que todo el ódio que habias de depositar en mí caeria sobre aquel cuyo amistoso aviso te hubiese advertido de mi perfidia. Sí, Juana. Sí; el loco que se figura ser rey, y vé en su reducida jaula los dorados adornos de un palacio, si algun dia vuelve á la razon, su primer pensamiento es para recordar los encantos de su locura, sus primeras palabras son para maldecir al doctor que le ha curado. Vivir es soñar, y es mas feliz el que sueña más delicias.
JUANA. ¿Segun eso creeis que la señorita Isabel os maldecirá?
GASP. Á lo menos á mí. «Si alguno de los dos sucumbiese en ese duelo, me ha dicho, no podriais libraros de mi maldicion.»
JUANA. ¡Ah! pero ese duelo no se llevará á cabo.
GASP. Ese es mi deseo, pero en vano busco un medio para impedirlo. Mi amo se cree herido en su honor y no cederá, le conozco bien. El otro... si yo pudiese hacer que la señorita...
JUANA. ¿Qué?
GASP. Si ella le hablase... Si Dios quisiera que por este medio... Sí, esto es, Juana.
JUANA. ¿Qué habeis pensado?
GASP. Corre al castillo... avisa á D. Ricardo, dile que venga, que nuestro amo desea verle al instante.
JUANA. ¿Pero y si advierten mi falta?

GASP. Yo te disculparé. Corre.

JUANA. No sé vuestro pensamiento, pero me llevo una esperanza. Adios. *(Vase corriendo por el foro.)*

ESCENA II.

GASPAR.

Las lágrimas de una mujer... no hay otra salvacion... *(Con furor.)* Mientes, Gaspar, hay otra, segura, infalible. ¡Aquí está! *(Despues de mirar á todos lados y sacando el papel que antes ocultó.)* Los junto á todos, leo este papel y... ¡Ah! no, jamás; el golpe fuera demasiado terrible. Entonces sí que ya no seria solamente la señorita Isabel la que me maldijese... su hermano tambien descargaria todo su ódio sobre mí. Pero, ¡ese duelo, ese duelo! ¿cómo evitarle?... Y es preciso; porque yo no quiero que ella me odie... Arde mi frente... parece que tengo fuego en mis manos; y sin embargo este papel no se quema; es preciso destruirle... ¡No puedo! oigo una voz repulsiva que me recuerda mi deber... y ¿qué me importa esta necia superstición?... El ruido de este papel al romperse entre mis manos ó la luz de la llama que le devore, no traspasarán la losa de un sepulcro para turbar la paz de los muertos... ¿Pero y la paz de mi alma no se verá continuamente turbada?... ¿No se alzarán por todas partes fantasmas espantosos que vendrán á arrancarme esta revelacion en medio de mi agitado sueño?... ¡Dios mio! ¡qué horrible padecer! ¡me vuelvo loco!

ESCENA III.

ISABEL *(azorada.)* GASPAR.

ISAB. ¡Gaspar!

GASP. ¡Quién! *(Asustado.)* ¡Ah! ¿sois vos, señorita Isabel? ¿qué os sucede? ¿por qué venís tan agitada?

SAB. Estaba orando en mi cuarto, y de repente he oido el ruido que produce un arma de fuego al ser montada.

GASP. (¡Cuánto padece!)

ISAB. Era mi hermano; mi hermano, que está preparando las armas para ese horrible duelo.

GASP. Calmaos, yo procuraré evitar...

ISAB. Es preciso; teneis la obligacion de hacerlo así; vos sois la causa de todo; nadie mas que vos nos ha traido á esta espantosa situacion.

GASP. ¡Ah! perdonadme, señorita, yo quise libraros de un enemigo que os engañaba.

ISAB. ¡Mentís! vos no queriais eso.

GASP. ¿Qué decir?

ISAB. Lo sé todo, lo he adivinado todo, ¿me entendeis? Ese interés horrible que vos habeis tomado por nosotros, reconoce otra causa, obedece á otro impulso que al sentimiento de gratitud.

GASP. Callad, señorita, callad por compasion.

ISAB. Lo veis, miserable, ¿veis cómo os espanta que yo haya leido en vuestro corazon?

GASP. Pero si es que no os comprendo.

ISAB. Sí, es que no me quereis comprender. Pues bien, os lo diré mas claro: al estremo que nos habeis conducido, ya no es posible titubear.

GASP. (¡Cielos! ¡qué me sucede!)

ISAB. Escuchadme, Gaspar. Vos me amabais.

GASP. ¡Ah!

ISAB. No lo negueis, hoy mismo lo he sorprendido en vuestros ojos.

GASP. Quisiera morirme.

ISAB. Habeis tenido celos, se ha agolpado á vuestro corazon todo el fuego del infierno, y visto que os era imposible satisfacer vuestra fatal pasion, habeis querido repartir entre nosotros el tormento que sentiais, porque sois demasiado cobarde para arrostrar solo la desgracia.

GASP. (¡Hé aquí lo que yo temia!) Callad, señorita, no me martiriceis de ese modo.

ISAB. ¿Qué menos puedo hacer con el que me ha robado la felicidad de toda mi vida?

GASP. (¡Cuánto sufre!)

ISAB. Pero vuestro triunfo será efímero, y en cambio del momentáneo placer que os cause el mirar un cadáver ensangrentado, padecereis remordimientos continuos; mi maldicion sonará constantemente á vuestro lado, y el desprecio de las gentes honradas será vuestro menor castigo.

GASP. Basta, basta, me estais matando; siento que vuestras palabras se enroscan en mi corazon como culebras de fuego. Es verdad que os amo, pero de eso no habeis de culparme á mí, sino á la Providencia, que me ha dado, como á los demás hombres, alma, corazon y pensamiento libres.

ISAB. Me habeis entendido mal; yo no os acuso porque me ameis, sino porque no habeis sabido amarme todo lo que yo creo merecer.

GASP. ¡Qué no he sabido amaros! Decís bien; no he sabido amaros como vos mereceis, pero sí como es dado á fuerza humana.

ISAB. Os repito que no sabeis lo que es amor; si lo supierais, antes que unirme á vuestra desdicha, hubierais procurado aislaros en ella y hacer mi felicidad á costa de vuestro reposo.

GASP. Eso es precisamente lo que pretendí hacer, pero entre vos y yo se alzaba la figura de vuestro hermano.

ISAB. Decid mas bien que el egoismo os tenia presa el alma entre sus garras.

GASP. Por Dios, señorita, reflexionad...

ISAB. Eso es lo que hicisteis vos, reflexionar; pero el amor no reflexiona jamás y por eso os dije que no sabeis amar.

GASP. Esta desdicha es la mayor de cuantas pudieran afligirme. ¿Qué no os amo? ¡Dios mio! ¡no lo oís!... Decidme, qué es preciso hacer para probaros mi amor?... Yo no pretendo que correspondais á él, solo quiero que no me maldigais; abridme un camino por donde pueda librarme de vuestro desprecio... ¡Quereis mi vida aquí mismo? la exhalaré á vuestros

piés... me habeis permitido deciros que os amo; os amo, lo juro por la salvacion de mi alma... Ya puedo morir... mandad... soy vuestro esclavo... ¿qué quereis?... hablad... os lo pido de rodillas. ¿De qué manera he de ofreceros mi existencia para que la acepteis? decidlo antes que se me escape la razon... ¡Dios mio! ¡no tendré siquiera derecho á que exija mi muerte!

ISAB. Sí; veo que vuestro dolor es intenso. Os creo, Gaspar.

GASP. ¡Ah!

ISAB. Todavía podeis reconquistar mi aprecio.

GASP. Y morir despues; ya no ambiciono mas.

ISAB. No quiero que murais; solo deseo que repareis el daño causado, que impidais ese duelo.

GASP. Sí, de eso trato; creedme.

ISAB. ¿Y lo conseguireis?

GASP. No sé...

ISAB. ¡Cómo!

GASP. Quizá...

ISAB. Necesito saberlo, necesito que me lo asegureis.

GASP. Pues bien. Os juro que ese duelo no se verificará. (Dios mio, acepta el sacrificio.)

ISAB. Gracias, Gaspar, estoy tranquila...

GASP. Me aborreceis aun.

ISAB. Os compadezco.

GASP. Al menos debo al cielo vuestra compasion; mirad si seré desdichado cuando la tomo por consuelo. *(Vase por el foro.)*

ESCENA IV.

ISABEL, D. JUAN.

ISAB. ¡Me ama verdaderamente, nos salvará.

JUAN. ¡Qué haceis aquí, Isabel!

ISAB. ¡Ah! Juan, *(yendo á él)* hermano mio; ¿á dónde vas?

JUAN. ¿A dónde quieres que vaya? á ninguna parte.

Desde mi cuarto he oido tu voz y..... ¿Con quién hablabas?

ISAB. Con Gaspar.

JUAN. Es un fiel criado á quien tenemos mucho que agradecer, ¿no es así?

ISAB. Seguramente... pero...

JUAN. ¿Pero qué?... *(Con cierta severidad.)*

ISAB. Nada... ¿veo que vas á enojarte conmigo?

JUAN. ¿Enojarme?... en este momento... no, (Pobre hermana mia), dime, ¿qué hablabas con Gaspar?

ISAB. Le estaba dando las gracias por su revelacion,

JUAN. ¿Y nada mas?

ISAB. Nada mas.

JUAN. ¡Vamos! yo sé que le suplicabas otra cosa. ¿No es cierto?

ISAB. Pues bien, sí, ¿por qué he de negarlo? le suplicaba que evitase este duelo... Yo te amo á tí mas que á mi vida, y amo á Ricardo con toda el alma. La muerte de uno de los dos seria causa de la mia y debo hacer lo posible por evitar esta desgracia.

JUAN. Imposible, Isabel.

ISAB. No hay nada imposible para Dios, y Él no consentirá que corra la sangre de los hijos por el ódio de los padres.

JUAN. Has invocado al cielo, y no en vano se llama á mi corazon en nombre de Dios. Voy, pues, á revelarte los sentimientos que combaten en mí desde que he oido la acusacion de boca de Gaspar. Si solamente se hubiera tratado del ódio que existió entre nuestro padre y el de Ricardo, si éste al presentarse á nosotros no hubiese ocultado su verdadero nombre, un abrazo fraternal hubiera por mi parte dado fin al antiguo rencor de familias que á tal estremo nos conduce. Pero ese jóven, alucinado tal vez por los consejos de su implacable tio, se ha introducido en esta casa con toda la astucia que le es dable emplear á la traicion; sus proyectos de venganza son, por desgracia, harto claros á nuestros ojos, y no soy yo el

que se encuentra en el caso de evitar un lance verdaderamente de honor.

ISAB. Pero quién sabe, hermano mio, quizás sea inocente. El querrá sincerarse, nosotros no nos negamos á oirle y...

JUAN. Pobre hermana mia... no eres tú capaz de comprender todo el horror de sus abominables planes. Créeme, su amor, la amistad que me fingia, aquella tristeza continua, todo fué parto de la mas repugnante falsedad. Y si por ventura no fuese así, medios le quedan todavía para probarlo ambos como caballeros, salvo el motivo que origina nuestro duelo; ninguno de los dos puede poner en duda el valor del otro. Si es inocente, que se justifique, porque despues de todo, ni su sangre ni la mia serán suficientes á poner en claro la razon. Pero si se obstina en satisfacer su venganza, no he de ser yo el que procure disuadirle.

ISAB. Quizá el evocar el recuerdo de su padre haya sido causa de su exaltacion. A pesar de cuanto has dicho, á pesar de que todas tus observaciones me parecen fundadas, no puedo avenirme á creer que Ricardo sea capaz de abrigar esa premeditada maldad que le impone.

JUAN. El cielo quiera que tus cálculos no salgan infundados, pues si he de confesarte la verdad, la revelacion de Gaspar ha sido un golpe terrible para mi corazon, teniá una amistad tan profunda hácia ese jóven, habia abrigado tales esperanzas con esta union, era tan feliz al realizarla, que á no existir una prueba irrecusable, me hubiera sido imposible creer en la verdad de tan formidable delacion. Pero no hay que dudarlo, Isabel, ese cambio dè nombre, esa carta en la cual se habla de un pasaporte prestado, son testimonios harto verídicos para que nos pueda caber ninguna duda sobre las intenciones de Ricardo. Esperemos, pues, el desenlace de este desgraciado suceso. Nada podemos hacer para evitarlo, pero sobre las decisiones humanas está la voluntad de

Dios. Él sabrá lo que mas nos conviene. Ruégale tú que nos ilumine en este trance, y así todos habremos cumplido nuestra mision. Vamos, entra en tu cuarto, Isabel, allí estarás mas sosegada.

ISAB. No, allí me ahogo, nadie se acerca á decirme lo que pasa, y yo necesito saberlo todo.

JUAN. Pero si es una locura.

ISAB. ¡Locura! La vuestra, sí, la vuestra; hace dos horas os amabais llamándoos hermanos y ahora os empeñais en arrebataros la existencia.

JUAN. No somos nosotros, hermana mia, es la ley del honor que lo exige así.

ISAB. Maldita ley que establece un horrible divorcio entre el cielo y la tierra.

JUAN. Como tú lo comprende el mundo, pero es tan egoista que no quiere privarse ni aun de esos miserables placeres que causan remordimientos eternos.

ISAB. ¿Pero á nosotros qué nos importa el mundo?

JUAN. Deber es de todo el que nace sujetarse á las costumbres de la sociedad, que le abre su seno, si no quiere verse menospreciado. ¿No sabes, pobre niña, que si yo me hiciese superior á ciertas miserias, nuestros mismos criados procurarian disfamarnos?

ISAB. Es verdad.

JUAN. Ricardo, ó mejor dicho, Cárlos y yo seriamos tachados de cobardes y á entrambos el mundo nos escupiria á la cara.

ISAB. ¡Dios mio! ¡cuán desgraciados somos!

JUAN. Por eso te digo que ruegues á Dios, pues solo un milagro podrá evitar este duelo. Adios, Isabel, voy á escribir algunas cartas; es preciso prevenirlo todo por lo que pudiera acontecer.

ISAB. ¡Oh! no puede llegar ese caso; no os batireis, no quiero que te batas.

JUAN. No dirás eso cuando hayas *(con gravedad)* reflexionado bien sobre lo que acabo de decirte. *(Vase por la izquierda.)*

ESCENA V.

ISABEL, *luego* JUANA Y RICARDO, *luego* GASPAR.

ISAB. Es verdad, es verdad; esa maldita manía de vengar con sangre las afrentas; esa ridícula pretension de quitar una mancha con otra mancha; el escarnio que el mundo hace de los que piensan con Dios: esto es lo que llaman por ahí leyes del honor, debiendo llamarle cobardías del corazon. Y morirán ambos quizá, uno solo cualquiera que sucumba se llevará al sepulcro la paz de mi alma; pero no; el duelo no se verificará. Gaspar me lo ha jurado y cumplirá su promesa, no concibo cómo, pero la cumplirá, me ama y no querrá que mi ódio le persiga eternamente. Esperemos todavía.

JUANA. *(Entrando por el foro.)* ¿Mi señorita aquí? ¿Y Gaspar? *(Se queda turbada.)*

ISAB. ¿Qué es eso, Juana? ¿de dónde vienes?

JUANA. Yo, del campo.

ISAB. ¿Del campo? ¿y qué hacias ahora en el campo?

JUANA. ¿Qué quereis que hiciera?... (Si pudiese avisar á tiempo.)

ISAB. ¡Ah! ya comprendo ¿buscarías tal vez á Gaspar? *(Pobre muchacha.)* Hace poco rato que ha salido de aquí.

JUANA. ¡Sí! pues si me dais permiso...

ISAB. ¿Por qué no?

JUANA. Pues voy volando. (¡Ah! ya no es tiempo) *(al ver á Ricardo que aparece en la puerta.)*

ISAB. *(Sorprendida.)* ¡Cielos!

JUANA. (¿Qué hacer ahora?)

RICAR. Dispensadme, señorita, nunca me hubiera atrevido á traspasar los umbrales de esta casa, á no habérseme avisado que vuestro hermano deseaba hablarme. *(Gaspar aparece en el foro.)*

JUANA. (¡Gaspar! ya respiro.)

ISAB. *(A Ricardo.)* ¿Mi hermano os ha mandado á buscar?

RICAR. Así al menos me lo ha dicho esta muchacha. ¿No es cierto?

GASP. *(Adelantándose.)* Efectivamente: Juana ha llevado esa comision á vuestro castillo, pero no es D. Juan, sino yo, quien desea hablar con vos.

RICAR. ¿Vos?

GASP. Ciertamente.

RICAR. ¿Y qué derecho teneis para molestarme en mi retiro?

GASP. Cuando se trata de un asunto de vida ó muerte, todo el mundo tiene derecho á evitar una desgracia.

RICAR. Si de tal modo os afecta aun antes de haber acontecido, debierais haberla previsto en lugar de provocarla.

GASP. Teneis razon, pero pesaban sobre mí dos deberes; satisfecho el uno, réstame cumplir con el segundo, y para eso deseaba hablaros.

RICAR. En ese caso ¿por qué no habeis venido á mi castillo?

GASP. Temí no me recibieseis.

RICAR. Ea, pues, aquí me teneis.

ISAB. Un instante, Gaspar; ya que el señor Baron se encuentra aquí, cededme por un momento vuestro derecho. *(Gaspar se inclina y sale por el foro. Juana se va por la izquierda.)*

RICAR. (No me engañé: es ella quien queria verme.)

ESCENA VI.

ISABEL Y RICARDO.

ISAB. Caballero, yo no sé lo que tendrá que deciros Gaspar; pero por si acaso él no lo hiciese, en nombre de lo que mas amais, yo os pido que renuncieis á ese duelo.

RICAR. Es imposible.

ISAB. ¡Imposible! ¿Y es á mí á quien decis eso?

RICAR. Por ser á vos podeis calcular lo que me habrá costado responder.

ISAB. ¿Es decir que no hay médio de evitar este lance?

RICAR. Preguntádselo á vuestro hermano.

ISAB. Ya lo he hecho, caballero.

RICAR. ¿Y qué os ha contestado?

ISAB. Mi hermano me ha dicho que aquí habia un culpable, y ese culpable erais vos.

RICAR. ¡Yo!... vuestro hermano tiene razon, señorita, culpable he sido, pero de esto á miserable, como él me ha llamado esta mañana, hay la distancia que suele recorrer una bala.

ISAB. Comprendo vuestro enojo, pero á mi modo de ver, no son las palabras sino las obras las que degradan.

RICAR. Señorita... permitidme os recuerde que sois mujer, y en el mero hecho de serlo, no podeis alcanzar la importancia de una frase en cuestion de honor.

ISAB. Quizá porque la alcanzo mejor que vos no habeis podido contestarme ahora de un modo que nos dejen á entrambos satisfechos.

RICAR. Si pretendeis tomar la defensa de vuestro hermano, debo advertiros que es inútil, porque nadie mejor que yo conoce sus bellas cualidades.

ISAB. Lo sabia, y por eso, en vez de tomar esa defensa, procuraré tomar la vuestra.

RICAR. ¿La mia?

ISAB. Me habeis confesado que sois culpable y teneis el deber de arrepentiros.

RICAR. ¿Lo creeis así?

ISAB. Porque lo creo os lo digo. Vuestro amor propio os arrastra á no querer sufrir la consecuencia de vuestra falta, y pretendeis cubrirla con otra mayor.

RICAR. Os engañais; ó por mejor decir, no quereis recordar que he procurado sincerarme que os he pedido que me escuchaseis y que al oir mi peticion os habeis apartado de mí horrorizada, como si hubierais tenido á vuestro lado el mas despreciable criminal.

ISAB. En aquel momento no era fácil reflexionar sobre nuestras acciones, pero despues he recordado las bellezas que me habeis dejado leer en vuestro corazon, y son tantas, que se me hace imposible que puedan ser vencidas por el mezquino deseo de una venganza infundada.

RICAR. Si es ó no infundada, vuestro hermano debe probármelo.

ISAB. ¿En el terreno del honor, ¿es cierto?

RICAR. Al estremo á que han llegado las cosas no veo otro medio de ventilar este asunto.

ISAB. ¿Pero no sabeis que yo moriré si ese duelo se lleva á cabo?

RICAR. No morireis, Isabel.

ISAB. ¿Vos lo asegurais?

RICAR. No llegará ese caso, pues nada teneis que temer por vuestro hermano.

ISAB. ¡Ah! os comprendo, quereis dejaros matar. ¡Dios mio! ¡qué horror!

RICAR. Así los muertos quedarán tranquilos en sus tumbas, y vos no tendreis que derramar una lágrima.

ISAB. ¡Qué ingrato sois! ¿Tan débil ha sido vuestro amor, que creeis al mio capaz de tal felonía?

RICAR. ¡Mi amor! Escuchadme, Isabel, y sabreis cuán inmensa es mi desdicha. No ignorais la desastrosa muerte de mi padre.

ISAB. ¡Ay! ojalá ignorase tan horrible nueva.

RICAR. Era yo muy niño cuando mi tio me condujo al destierro. Allí, durante quince años me ha contado todos los dias esa historia sangrienta, y todas las noches antes de acostarme me ha hecho jurar que vengaria en vuestra familia aquel espantoso crímen, ¿qué mas os diré? poco antes de morir me llamó á su cabecera, me exigió nuevamente el eterno juramento y espiró en mis brazos.

ISAB. ¡Qué horror!

RICAR. Vino despues el indulto del rey; decidí volver á mis tierras pensando en los medios de llevar á cabo mi venganza. Para poderla realizar

mas fácilmente y temiendo que os acordaseis de mi nombre, cambié mi pasaporte con un jóven llamado Ricardo, mi inseparable amigo en el destierro. El plan era esterminador: introducirme en vuestra casa bajo cualquier pretesto, granjearme vuestro aprecio, engañaros á vos y matar á vuestro hermano. Hé aquí en pocas palabras esplicado ese plan que hoy me horrorizo recordar.

ISAB. ¡Me causais miedo!

RICAR. Ya sabeis que la primera estratajema me salió bien, pero yo no contaba con que mi corazon, tanpoco inclinado al ódio, estaba dispuesto á abrirse á otras sensaciones mas puras, á otros sentimientos mas dignos de mi nombre. Vos fuisteis el ángel tutelar, el rayo de luz clarísima con que Dios iluminó las tinieblas en que me hallaba envuelto. Os ví y os amé. Desde aquel momento decidí renunciar á una venganza que, á realizarse, me hundia para siempre en un abismo de dolor. Hé aquí esplicada mi continua tristeza; temia que mi nombre fuese causa de un rompimiento, y desgraciadamente ha sucedido así. Una hora mas sin que la fidelidad de Gaspar hubiese descubierto mi secreto, una hora mas, y yo os lo hubiera confiado todo.

ISAB. ¡Oh! ¡Si supiereis cuán feliz soy en este instante!

RICAR. ¿Feliz, decís?

ISAB. Sí, porque yo contaré á mi hermano lo que me acabais de decir y creed que se dará por satisfecho.

RICAR. Desechad esa ilusion, Isabel. No soy yo, sino vuestro hermano, el deudor de una satisfaccion, pero aun cuando fuese al contrario, yo nunca daria motivo á que se me tratase de cobarde.

ISAB. ¿Por qué?

RICAR. ¿No advertís que de ese modo tomará trazas de cuento grosero lo que debia aparecer como historia?

ISAB. ¿Quién puede dudar de vuestras palabras?

RICAR. Los criados, todo el mundo. Desengañaos, el duelo debe llevarse á cabo, y os suplico que no hagais nada por impedirlo. Deseo morir, y si os he hecho una relacion sincera de mí conducta, ha sido porque al morir quiero llevarme á la otra vida el consuelo de que vendreis á derramar una lágrima sobre la tumba del que tanto os amó, del que no puede dejar de amaros.

ISAB. ¡Pero Dios mio! esto es horrible, reflexionando que yo tambien os amo, no quiero, no puedo querer que sucumbais.

RICAR. Dejad que se cumpla el destino.

ISAB. Pues bien, basta de súplicas, batíos en buen hora, pero tened entendido que os seguiré á todas partes, y que al poneros frente á frente de mi hermano se atravesará mi cuerpo entre los dos. Os lo juro por el cielo, por Dios, por la memoria de mi madre.

RICAR. Basta, Isabel. (Me horroriza.) ¿Quereis que el duelo no se verifique? está bien, no me batiré.

ISAB. ¡Ah! gracias; corro á ver á mi hermano. Aun podemos ser felices. *(Estrecha las manos de Cárlos y se vá por la izquierda.)*

ESCENA VII.

RICARDO, *luego* GASPAR.

RICAR. Desdichada Isabel. Desdichado de mi, forzoso es engañarla. Yo no tendria valor para morir si en el momento supremo la viese aparecer ante mis ojos, y su hermano... siento mas afecto hácia él á medida que se acerca el instante fatal. ¿Y pueden existir almas en donde quepa el placer de la venganza? Imposible; yo creo tener motivos para alimentar mi rencor, y sin embargo, la única ventura que deseo es entregar la vida á mi contrario. *(Á Gaspar que ha aparecido momentos antes y se ha ido acer-*

cando.) ¿Estabais aquí? ¿Veamos qué deseais? ¿Con qué objeto habeis querido verme?

GASP. Deseaba pediros que me perdonaseis el daño que os he causado.

RICAR. Os lo he perdonado ya, buen Gaspar.

GASP. (Y este hombre me llama bueno.)

RICAR. Por otra parte, vos habeis dicho muy bien. Al cumplir con vuestra obligacion velando por vuestros amos, os habeis hecho acreedor á la estimacion de los hombres honrados.

GASP. Señor, apenas puedo creer lo que estoy oyendo. ¿Vos alabais mi conducta?

RICAR. ¿Por qué no? ¡Si para saber lo que vale me basta colocarme en el lugar de vuestro amo!

GASP. Pues bien, ya que vuestra nobleza llega á ese estremo, no dudo que tendreis la bondad de atender la súplica que voy á haceros.

RICAR. Si es una peticion lo que venís á hacerme, os advierto que cumpliré vuestros deseos siempre que no sean contrarios á mi honor.

GASP. ¿Contrarios á vuestro honor, y por qué?

RICAR. En fin, ¿qué deseais?

GASP. Os he dicho que esta mañana pesaban sobre mí dos sagrados deberes: el primero acusaros ante mi amo, ese está ya cumplido; para satisfacer el otro necesito contar con vuestra voluntad.

RICAR. Comprendo. ¿Venís á pedirme tambien que renuncie al duelo?

GASP. Con efecto, esa es mi peticion, y confío...

RICAR. Pues confiais muy mal, señor Gaspar; vuestra peticion es estremadamente ridícula, pues no debeis ignorar que estos lances no tienen mas que una solucion entre caballeros.

GASP. No lo ignoro.

RICAR. ¿No lo ignorais, y venís á pedirme que deje impune el agravio? Yo he cometido una falta; en buen hora, vénguese de ella vuestro amo; pero yo tambien tengo derecho á vengarme de la que su padre cometió asesinando al mio hace veinte años, y me vengaré, ó de lo contrario mi rival me verá exhalar la vida rendido á sus piés.

GASP. No, por Dios, señor baron.

RICAR. ¡Cómo! ¿Os ensayais conmigo para cumplir vuestro deber, haceis que me insulten arrojándome de esta casa, y no satisfecho aun de vuestros buenos servicios, quereis que huya vergonzosamente, tal vez por ahorrar una gota de sangre á vuestro amo? Pues si tal quereis, os prevengo que voy á tomaros por un loco.

GASP. Comprendo lo absurdo de mi súplica, señor baron, pero yo juré á su padre moribundo, que, mientras me quedase un átomo de vida, no habia de consentir que peligrasen el honor ni la existencia de mis protectores, y ese juramento se ha de cumplir.

RICAR. Mirad, pues, como ha de ser, porque á mí no deben importarme nada vuestros juramentos y mucho menos cuando para cumplirlos necesitais que yo me declare cobarde solemnemente.

GASP. No es necesario tal sacrificio, para satisfacer mi deseo, se reduce todo á cambiar de adversario. Vos amais á la señorita Isabel, y no podeis consentir que la muerte de su hermano le cueste á ella la vida. Yo no sé cómo comprendereis el amor, ni cuál será la intensidad del vuestro, pero yo os aseguro que por ahorrar una lágrima á la mujer que adoro, daria, no una existencia, sino mil de que pudiese disponer, no la miserable sangre que circula por mis venas, sino el alma que me contiene. Así amo yo, así es como comprendo que amareis vos, ó vuestro amor es mentira, porque el amor es uno como Dios.

RICAR. El mio es eterno como el tiempo, grande como el cielo, verdadero como la luz, y no puede compararse á otro alguno.

GASP. Pues bien, si de tal modo comprendeis lo que os digo, debeis respetar como á sagrado al hermano de la mujer que amais. Para probar vuestro valor os basta con batiros; necesitais un adversario, aquí me teneis.

RICAR. ¿Vos? Á fe mia que no os comprendo; parece que teneis decidido empeño en provocarme, por cualquiera senda que tome, os hallo atravesado en mi camino. ¿Qué quereis?

GASP. ¡Morir!

RICAR. En ese caso, buscad un asesino que satisfaga vuestros deseos, ya sabeis que en mi familia se cuentan víctimas, pero jamás criminales.

GASP. ¡Ah! (Vá á ser imposible impedir el duelo.)

RICAR. Supongo que despues de lo que os he dicho, habreis renunciado á vuestro loco propósito.

GASP. Mal me conoceis, señor baron, (probemos el último esfuerzo.)

RICAR. ¿Cómo?

GASP. Yo creía que la conducta que me veis observar con vos desde esta mañana, os habria puesto en claro algo del aborrecimiento que me inspirais.

RICAR. ¿Pero este hombre es un insensato?... ¿En qué fundais ese rencor? decídmelo, y al menos podré darme razon de si habeis ó no perdido el juicio.

GASP. ¿En qué fundo mi rencor? ¿En qué lo fundariais vos si os dijese: yo adoro á la mujer que vos amais?

RICAR. ¡Vive Dios! al fin habeis hablado, amais á Isabel y pretendeis sacrificar vuestra vida por salvar la de su hermano.

GASP. Eso es, eso es.

RICAR. Vuestro sacrificio me admira, pero no estoy yo en el caso de serviros de instrumento para esa hazaña. La amais enhorabuena, pedid que os corresponda.

GASP. Demasiado sabeis que eso no es posible.

RICAR. Luego quereis morir, porque siendo muy grande vuestra pasion, no podeis sobrellevar el desden de la que amais, y como no teneis valor para quitaros la vida, buscais quien os preste semejante servicio. Basta ya, no he venido aquí para escuchar vuestras lamentaciones amorosas. Yo tambien la amo, pero ántes que cumplir con este sentimiento, he de dar cima

á mi venganza, y en vano confiais en encontrar un medio que pueda hacerme desistir.

GASP. Es decir que despreciais á un rival que os aborrece, solo porque en su humilde condicion no os inspira cuidado... ¿y aun decís que me falta valor? Pues bien, si para probaros hasta donde alcanza el amor que la profeso, arrostraré la vergüenza de humillarme delante de vos, y aquí de rodillas, *(se arrodilla,)* os rogase como se ruega á Jesucristo... Respetad la vida de ese hombre, amad á esa mujer, que la vea yo feliz con nuestro amor, y despues matadme.

RICAR. *(Tomándole por el brazo.)* Pero, miserable, ¿no recordais que habeis sido vos el autor de cuanto sucede? ¿Teniais necesidad de delatarme para luego arrodillaros suplicante á mis plantas? Habeis sembrado aquí la desgracia por vuestro egoismo, vuestra hipócrita lealtad nos ha empujado á un abismo, y quereis que yo, el mas ofendido, os haga mártir, para que todo el mundo os admire. ¿No veis que esto es una insensatez? ¿No conoceis que os estais volviendo loco?

GASP. Sí; lo conozco, me voy acercando á la locura. ¡Dios mio! ¡cuando tantas cosas tenia que ocultar!

RICAR. ¿Qué decís?

GASP. No hagais caso, estoy loco, loco... lo entendeis. No lo quereis creer; pensais que tengo aquí un secreto *(señalando el pecho,)* que me abruma como si fuese una culebra de fuego enroscada en mis entrañas? Pues os engañais, yo no tengo ningun secreto que ocultar... Si lo tuviera, antes que se escapara, me arrancaria el corazon. No, no, aquí no hay nada, nada mas que amor, os lo aseguro, os lo juro. ¡Ah, no me creeis, sois inexorable! *(Cae en el sillon.)*

RICAR. ¿Qué quiere decir esto? ¡Gaspar! *(Tomándole por una mano y sacudiéndole fuertemente.)*

GASP. ¡Ah! *(Como despertando.)* ¡Qué! ¿sois vos? de-

cidme, ¿por qué me mirais así? ¿He perdido el conocimiento? ¿qué me ha pasado? contestad. ¡Ah! ya no hay ventura para mí. Vos me habeis hecho el mas desgraciado de los hombres, y yo... yo quiero vengarme de vos. *(Toma la escopeta que habrá dejado junto al sillon.)* Preparaos, porque vais á morir. *(Le apunta.)*

RICAR. *(Se cruza de brazos.)* Herid: el baron del Pinar os desprecia.

GASP. ¡El baron! *(Deja caer la escopeta.)* ¡Ah! perdonadme, soy un vil, un miserable; pero no, no lo creais, yo no quiero haceros daño alguno. ¿Decís que quiero mataros? mentira, no lo digais, por compasion, ¿no oís la voz de los muertos que me acusan? Veis cual se acercan. ¡Ah! ¡esto es horrible! ¡horrible! ¡Dios mio! Defendedme de esos fantasmas, decidles que yo no soy culpable. ¿Pero á dónde volveré los ojos que no vea espectros ensangrentados? ¡Ah! mi padre. *(Volviendo la cabeza.)* Sí, hablaré... voy á hablar, os lo juro... os lo juro... Oid *(á Ricardo)* nos escuchan... *(Llevándoselo á otro estremo.)* Oid. El padre de D. Juan.... ¡Ah! *(Cae desfallecido.)*

RICAR. ¡Desdichado! pero ¿qué iba á decir... El padre de D. Juan... ¡Ah! lo comprendo. El padre de D. Juan fué el asesino del baron... ¡Qué horrible revelacion!... ¡Qué infelices somos!...

ESCENA ÚLTIMA.

GASPAR, RICARDO, ISABEL, D. JUAN.

JUAN. Dios os guarde, señor baron, he sabido por mi hermana que os hallabais aquí...

RICAR. Os habrá dicho tambien la causa que motiva mi presencia.

ISAB. Sí, por cierto.

RICAR. Este infeliz me ha mandado un aviso valiéndose de vuestro nombre.

ISAB. Así es: hermano mio. ¡Gaspar!... *(Al verle inmóvil.)* ¿Pero qué es esto? se ha desmayado .. ¡Gaspar! *(Sacudiéndole.)*

JUAN. ¿Qué motivo?

RICAR. Ese desventurado padece un principio de lo-

ISAB. ¡Cra...

cielos! *(Apartándose.)*

RICAR. Pero no es esto lo que mas debe asombraros; lo verdaderamente estraño es que ese guardabosque posee un secreto terrible que tal vez pudiera poner en claro el suceso que hoy nos obliga á ponernos frente á frente en el campo del honor.

JUAN. Un secreto... estais seguro.

RICAR. En su desvarío se le han escapado palabras inconexas, pero que no lo dudo... eran principio de una importante revelacion.

ISAB. ¡Dios mio!

JUAN. En ese caso debemos aprovechar los instantes antes que su fiebre nos impida averiguar este misterio.

RICAR. Esta es mi opinion.

JUAN. ¡Gaspar! ¡Gaspar! No se mueve.

RICAR. Dejadme á mí *(Se coloca de modo que al levantarse Gaspar le vea frente á frente.)* ¡Gaspar! despierta, tu padre te lo ordena.

GASP. *(Se levanta.)* Mi padre... *(Al ver al baron.)* ¡Ah! el Baron. *(Retrocede.)* D. Juan, señorita Isabel... defendedme, compadecedme.

RICAR. *(Probemos.)* ¡Caballero! *(A D. Juan.)* estoy pronto, nos batiremos en el bosque donde mi padre fué hallado cadáver.

ISAB. ¡Ah! ¡qué decís!... Gaspar, van á batirse, acordaos de lo que me habeis prometido.

RICAR. (¡Él!)

GASP. Sí... me acuerdo... No se batirán.

JUAN. ¡Gaspar!

GASP. No os batireis... *(Se coloca en la puerta del foro.)* No quiero que os mateis. Lo juré, lo he jurado.

RICAR. Caballero, no hagais caso de ese hombre, está loco.

GASP. ¡Loco!... no, aun no, pero lo estaré, sí, sí, sí; lo estaré. Venid, quiero hablar... oid.

TODOS. ¡Qué!

GASP. Vuestros padres....... el asesinato....... ¡Ah! no puedo, me siento morir.

JUAN. Habla, Gaspar, yo te lo suplico.

ISAB. Sí, Gaspar, sacadnos de esta ansiedad, ¡amigo mio!

GASP. Pero... si no puedo... Dios mio... si no puedo.

RICAR. Hablad... yo os lo mando.

GASP. *(Estremecido.)* Sí, señor Baron, sí, voy á ...... pensais que quiero callar..... ¡ja! ¡ja! ¡ja! *(Empieza á desvariar.)* y porque habia de..... *(Se lleva las manos á la cabeza.)* ¡Ah! se me vá el pensamiento.......

TODOS. ¡Cielos!

GASP. Tomad, antes que me muera. *(Saca el relicario del pecho.)* este relicario.... de mi padre... un papel..... un papel..... un papel..... *(En voz cada vez mas baja.)*

JUAN. *(Toma el relicario.)* Veamos.

RICAR. Abridle.

ISAB. ¡Vírgen María, qué voy á saber!

(Gaspar se levanta poco á poco, se acerca á los demás personajes y despues de oida la lectura, da un grito terrible, lleva sus manos á la cabeza, despues al corazon, lanza una carcajada histérica y se desploma.)

JUAN. *(Saca el papel y lee.)* «¡Hijo mio! cuando sea »preciso decir quién fué el asesino del Baron, »acuérdate de mi nombre.»

TODOS. ¡Ah!

GASP. Asesino... Asesino, ¡ja! ¡ja! ¡ja! ¡ja! ¡ja! *(Cae.)*

ISAB. RICAR. ¡Desdichado! *(Se arrodilla al lado de Gaspar para socorrerle.)*

JUAN. ¡Muerto! *(Despues de observarle.)*

RICAR. ¡Él era inocente!

JUAN. ¡Dios mio! ¡Cuán terriblemente pesan sobre los hijos las faltas de los padres! *(Quedan abstraidos.)*

FIN DEL DRAMA.

La propiedad de las obras siguientes pertene

tambien á D. M. G.

EN TRES Ó MAS ACTOS.

La Independencia de Nápoles	5	
Juana Eyre	4	y prólo
Cárlos de España	4	y epílo
El pendon de Santa Eulalia	3	
La Heroina de Barcelona	3	
Barcelona que rie y Barcelona que llora	4	y prólo
Los Estranguladores	5	
Los pastorcillos ó Borrego y Bato	5	
Vario, nubes y vientos	3	
Digna de Déu	3	
La casa sens gobern	3	
La lley natural	3	
Fueros y desafueros		
El padre Gallifa		
Berenguer el fratricida	3	
La redencion de una alma	3	
Las faltas de los padres	3	
Sor Patrocinio	4	
Los caballeros de la Niebla	10	cuadros.
La perla negra	7	cuadros.
Dramas de taberna	5	
Los murciélagos	8	cuadros.

EN UN ACTO.

La voz del deber.
Industria, comercio y artes.
El camino del Parnaso.
Caminar per mal camí.
¡Ángels de Déu!
La perla de Badalona.
Déu té un bastó.
Nueva táctica.
Mentir con suerte.
¡¡R. I. P.!!
¡Un suicidio!